

Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

SOLLOZOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

350 — La mansión de los mil y un horrores, *Joseph Berna*.
351 — Ritual de alucinados, *Ralph Barby*.
352 — Yo, «el Destripador», *Curtis Garland*.
353 — Los límites del Infierno, *Clark Carrados*.
354 — Miradas de ultratumba, *Clark Carrados*.

LOU CARRIGAN

SOLLOZOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 355
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 33.730 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

«Peter contempló horrorizado a Millicent.

¡Qué diferente se veía ahora...! ¿Cómo era posible que una muchacha tan encantadora habitualmente pudiera tener ahora aquel espeluznante aspecto?

La rubia muchacha de cándidos ojos azules se había convertido en un ser horrendo, de cuerpo raquítico y retorcido, ojos negros, boca desdentada, cabellos de un gris sucio que parecían arbustos quemados. Sí, arbustos quemados.

Y sus manos, siempre tan delicadas y bellas, parecían ahora crueles garras sosteniendo el taladro.

¡Era una auténtica bruja!

—¿Cómo te atreviste a hacérmelo? — chirrió la voz de Millicent, la horripilante bruja satánica.

Aterrado, Peter tragó saliva, y sólo haciendo otro gran esfuerzo pudo balbucear:

—No sabía... Yo no sabía que.

—¡Me violaste!—chilló Millicent.

—¡Pero no sabía que eres una bruja!— gritó Peter, angustiado—. ¿Cómo podía saberlo? Eras tan hermosa, tan dulce, y me mirabas de un modo tan enternecedor... ¡Creía que estabas enamorada de mí!

—¡Enamorada de ti! — crujió la risa de Millicent —. ¿Cómo se te ha podido ocurrir que una bruja puede amar?

—¡Te digo que no sabía que eres una bruja! Sólo te conocía con el otro aspecto, el de hermosa muchacha que siempre reía...

—Aun así, jamás te pedí que me hicieras el amor, ¿verdad? ¡Y mucho menos que me violaras!

Desesperado, Peter miró a su alrededor. Pero esto sólo le servía para que aumentase su desesperación. Estaban en un sótano herméticamente cerrado; tan herméticamente como pudiera estarlo un cubo de cemento. No había puerta, ni ventana, ni sistemas de aireación de ninguna clase. La sensación era angustiosa, y el calor insoportable. Un calor aumentado por el fuego que crepitaba a cierta distancia, calentando una enorme olla humeante suspendida del techo por un gancho y una cadena. Lo que fuese que hubiera dentro de la gigantesca olla, hervía, y Peter oía el "glu-glu-glu" del líquido, y veía salir los vapores. Pero no unos vapores normales, de los que podrían llamarse blancos, no...

Eran unos vapores rojos.

Rojos como la sangre.

Unos vapores rojos que se extendían por el sótano hermético, que se iban adhiriendo a las paredes dándole aquella brillante tonalidad rojiza. Y salía tanto vapor de sangre de la olla que las cuatro paredes estaban teñidas de rojo, de chorreante vapor rojo que formaba dibujos, que reflejaba la luz de las tres

antorchas.

Era todo tan siniestro que Peter, amarrado a la estaca de hierro clavada en el cemento del piso, tenía la sensación de que todo aquello no podía ser verdad, que era una espantosa pesadilla de la que, por fortuna, en cualquier momento iba a salir.

Sí, en cualquier momento se iba a despertar, y se encontraría en la cama con la dulce Millicent desnuda en sus brazos, suspirando de amor, rodeada su cara de los hermosos cabellos rubios...

Pero el sueño, la pesadilla, no se desvanecía. Millicent estaba allí, cierto; pero no como la linda muchacha que le pedía amor con suspiros tremolantes, sino convertida en aquella horrenda bruja que esgrimía ante él el taladro de mano al que acababa de colocarle una de ¡as brocas de acero de ranura en espiral y aguda punta. En la sarmentosa mano de la bruja, el taladro casero la pareció a Peter, por un instante, una de esas pistolas que se ven en las películas de ciencia ficción en manos de extraterrestres.

—¡Contesta!—chilló Millicent—. ¿Te pedí yo que me violaras?

Peter negó con ¡a cabeza. Estaba aterrado, porque ahora le parecía que también los ojos de Millicent despedían vapores rojos de sangre.

Y de pronto, ella apretó el «gatillo» del taladro, y éste se puso en marcha, con agudo silbido.

La desorbitada mirada de Peter fue hacia aquella rutilante punta que se acercaba a su pecho.

—No — gimió—. ¡No, Millicent, no!

—Esto te enseñará a violar brujas— rió Millicent.

—No... ¡Por favor, no! ¡No, no, no. por Dios . .!

—¿Por Dios? —Jadeó Millicent, desencajado el rostro por la furia—. ¡Ahora vas a ver! ¡Iba a matarte, pero ahora vas a ver lo que hago contigo! ¡Ya verás como nunca jamás podrás volver a violar a una bruja..., ni a nadie!

Y diciendo esto, Millicent desvió la trayectoria del taladro, orientándolo hacia las ingles de Peter, cuyos ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas.

—¡No, no, Noooo ...! ¡Millicent, eso no, por favor, eso no, Millicent... AAAaaaaAAAaaaa...!»

Clifford Copley dejó de teclear en la máquina de escribir, se quedó mirando las letras, y frunció el ceño. ¿Se podía expresar sólo con letras la angustia de un grito de dolor y de horror de la magnitud del que estaba profiriendo el pobre Peter? Decididamente, no. No señor, ¿Cómo expresar un grito tremolante, con altibajos, con roturas de voz, con pánico y dolor insoportable con una sola letra? ¡Ni con mil letras!

Había quedado con las manos sobre el teclado de la IBM, como dispuesto a continuar, pero 'de pronto soltó un bufido, se puso en pie casi derribando la silla, y se acercó a la ventana del desván donde se había instalado lacia tiempo con su equipo de escritor. Reducido equipo, ciertamente.

Hacía una tarde de invierno, verdaderamente deprimente. El cielo estaba

oscurecido por una nubosidad gris-negra que amenazaba lluvia, y que flotaba sobre el mar como una masa siniestramente móvil. El panorama era bien diferente del verano, desde luego. Claro que allí, en el Sur de California, los inviernos no eran en absoluto rigurosos, pero cuando llegaba una de aquellas tardes oscuras y amenazando lluvia era de lo más deprimente.

Se acercó a la mesita auxiliar, tomó un cigarrillo, y lo encendió, mientras miraba a su alrededor. De todos modos, había tenido suerte. La señora Oldenburg, la simpática viuda, le había alquilado el desván de su casa en Redondo Beach, justo en la Beach Avenue, frente al mar, por una cantidad más que razonable, y, además, le había permitido instalarse a su gusto, efectuando todas las modificaciones que quiso en el desván, de modo que éste había quedado convertido en un agradable estudio, con una terracita a la que podía salir a tomar el sol desnudo sin riesgo de ser visto desde ningún sitio. Y frente a él, el mar...

Sí, señor, había tenido suerte.

Pero...

La mirada de Clifford Copley se desvió hacia la máquina de escribir, torva, irritada. De pronto, arrancó el folio metido en el rodillo, lo arrugó, y lo tiró a la papelera, mascullando:

—A la mierda...

Luego, abandonó el desván-estudio, bajó al primer piso de la casa de la señora Oldenburg, y de allí a la planta baja. Cuando entró en el salón, la viuda estaba allí, tal como había supuesto, sentada frente al ventanal, haciendo punto. La anciana señora Oldenburg se desplazaba siempre con pasitos menudos y como vacilantes, estaba muy flaca, frágil, torpe para todo,.., menos para hacer punto. En esta actividad era algo sorprendente. Sus arrugadas manos se movían con una habilidad y rapidez, en verdad, asombrosas, y el «tictac» del entrechocar de las agujas parecía un sonido monótono que jamás fuese a tener fin.

También el oído de la señora Oldenburg debía estar en perfectas condiciones, porque apenas aparecer Clifford en el salón, ella volvió la cabeza hacia la puerta, sin dejar de darle a las agujas, por supuesto. La luz se reflejó en los redondos cristales de sus gafas, emitiendo destellos. Al sonreír, Elsa Oldenburg mostró la perfección de su dentadura postiza.

—¿Cómo va la bruja Millicent, Cliff? — se interesó.

Copley se dejó caer en un sillón junto a la anciana, y soltó un gruñido.

—Es todo una majadería, créame — aseguró.

—¿Qué quiere decir?

—Estoy harto de escribir esas tonterías.

—¡Ah! Bueno, a mi me gustan. Y a mucha gente. Es de lo más emocionante cuando lo que usted ha inventado aparece en televisión... Y tengo verdaderas ganas de ver quién gana en popularidad a la bruja Millicent. ¡La verdad, Cliff, no sé cómo se le pueden ocurrir esas cosas, muchacho!

—Yo tampoco lo sé. Pero sí sé que estoy harto de ellas.

Elsa Oldenburg se quedó mirando fijamente a Cliff, con tal atención que incluso dejó de mover las agujas. Clifford Copley no ero precisamente un atleta, pero era un hombre... notable. Sí, notable. Más bien alto, delgado, con una figura y unos modales elegantes, ojos oscuros, frente despejada pero poco visible debido al descuido con que se peinaba; siempre tenía greñas por la frente. A sus treinta años, Cliff Copley resultaba., sorprendentemente atractivo, pese a sus lentes, su mirada absorta, sus greñas. Elsa Oldenburg definía a Clifford como «sorprendentemente atractivo» porque hacía falta tiempo para llegar a esta conclusión sobre él. Se podía estar mirándolo semanas enteras sin concederle la menor importancia, y de pronto, uno se daba cuenta de que era atractivo, que tenía una boca y una barbilla de lo más viril, y que...

Elsa Oldenburg movió la cabeza.

—Y si no le gusta escribir esas cosas..., ¿por qué no deja de hacerlo? — propuso.

—Por el maldito y cochino dinero que me pagan por ellas, y porque no quiero perder mis contactos con los productores de televisión. Quizá algún día consiga escribir los programas que a mí me gustan. ¡Estoy hasta las cejas de la bruja ¡Millicent!

—Pues tiene éxito,

Clifford soltó un bufido. Elsa Oldenburg sonrió, y reanudó su labor de punto.

—¿Ya no va a trabajar más esta tarde? — preguntó.

—No.

—Pues es muy pronto para la cena. Creo que apenas deben ,ser las cinco.. ¿Tomamos un traguito?

Clifford miró socarronamente a la anciana. Ambos hacían muy buenas migas con el whisky..., pero en cantidades poco menos que ridículas: veinte partes de soda por una de whisky. No era probable que ninguno de los dos se emborrachase jamás.

—De acuerdo — dijo Clifford — : vamos a corrernos una de nuestras juergas.

—Lo malo es que se ha terminado la soda — dijo Elsa—. Esperemos que nuestra vecina sea tan amable de prestarnos la suficiente para la orgia de hoy.

—O sea — murmuró Clifford —, que tengo que ir hoy también a pedirle algo a la señora Sinclair.

—Sólo un poquito de soda. Es una chica muy amable, de modo que no creo que se la vaya a negar.

—¿Sabe, Elsa? ¡Es usted una... entrometida!

—¡Qué susto! — Rió la anciana—. ¡Temí que fuese a decir que soy una bruja, como Millicent!

Clifford quedó pasmado un instante.

—Cielos — exclamó en seguida —. ¡Jamás se me habría ocurrido compararla a una bruja! Es usted lo más opuesto a eso, Elsa.

La anciana se quedó mirándolo de nuevo, con aquel gesto amable que parecía rejuvenecer sus claros ojos cansados.

—También Millicent sé parece muy poco a una bruja cuando aparece con su aspecto de jovencita rubia — dijo suavemente.

Clifford soltó otro bufido.

—¡Bueno... ¡A ver si va a resultar que usted cree esas tonterías que escribo para la televisión!

—Sería emocionante... y divertido. ¡Me parece que me divertiría muchísimo si fuese una bruja! Pero no con el aspecto de Millicent-bruja, sino con el aspecto de Millicent-jovencita-encantadora. ¡Me haría adorar por todos los hombres!

—Apuesto — sonrió Clifford — a que esto no le resultó a usted en absoluto difícil no hace muchos años.

—¿No hace muchos? ¡Hace los suficientes como para que me haya olvidado de todo eso! Y me gustaría recordarlo, francamente. Dígame la verdad, Cliff: ¿no hay ninguna posibilidad de encontrar una de esas pócimas de brujería que me convirtiese en una lozana muchachita?

—Que yo sepa, no. ¡Pero no desesperemos!

Se echaron a reí? los dos. Luego, Elsa señaló hacia la puerta.

—¿Qué tal si va a buscar esa soda, querido?

Clifford movió la cabeza con el gesto de quien se da por vencido, y se puso en pie.

—De acuerdo. Volveré enseguida.

—Oh, no se dé prisa... Tranquilo, muchacho, tranquilo. Si no fuese porque hace frío afuera le acompañaría, para echarle un vistazo al pequeño Larry, ¿No le parece un niño encantador?

—Sí, lo es — admitió Clifford —. Bien, ya vuelvo.

Segundos después salía de la casa. La señora Sinclair vivía también en Beach Avenue, frente al mar, una casa a la izquierda de Elsa Oldenburg. Como el resto de las casas de la residencial avenida costera, estaban separadas por los respectivos jardines, cuyo césped tenía una tonalidad casi negra aquella tarde. Frente a las casas, el mar estaba embravecido, sombrío, y desde él llegaba un viento húmedo nada agradable. Por fortuna, días como aquél había pocos en el Sur de California.

Muy correcto, Clifford rechazó la simple idea de acercarse a la casa de la señora Sinclair cruzando ambos jardines lo que habría acortado bastante su camino. Prefirió, como siempre, llegar a la acera, caminar por ésta hasta la entrada al jardín de la señora Sinclair, y enfilar el senderillo que llevaba hasta el amplio porche.

A fin de cuentas, no tenía confianza con la señora Sinclair para tomarse aquellas libertades.

Estaba ya llegando a la entrada del jardín de la señora Sinclair cuando vio brillar algo por delante de él. Acto seguido, identificó aquel brillo: el impermeable de uno de los policías que patrullaban por la zona residencial. Y

enseguida supo quién era el agente de turno aquella tarde: el buen Elmer. Solamente él dejaba la comodidad del coche patrulla para darse de cuando en cuando una vueltecita a pie, llevando el cumplimiento de su deber a límites de poco corriente escrupulosidad. Era una garantía de tranquilidad tener por allí agentes como Elmer.

—Ah, señor Copley — saludó el agente, llegando ante él—. No le había reconocido. Fea tarde para salir de paseo, ¿verdad?

—Todo tiene su encanto — aseguró Clifford —. En mi opinión, la noche, la lluvia, el viento y el mar tempestuoso también nos ofrecen una cierta belleza. Sólo hay que saber verla.

—Apostaría a que tiene usted razón — rió Elmer —, pero yo prefiero un buen día de sol para tostarme en la playa.

—Eso tampoco está mal — tuvo que admitir Clifford—. Hasta luego, Elmer.

—Hasta luego. Oiga..., ¿no va usted un poco desabrigado para dar un paseo? Aunque le guste.la lluvia. .

—Sólo voy a pedirle soda a la señora Sinclair.

—¡Ah! Vaya, a la señora Sinclair... Es una joven encantadora, ¿no le parece?

—Puede acompañarme, si quiere — propuso Clifford, casi riendo—. ¡No creo que a ella le moleste!

—Sí... Bueno, veré si todo está bien por su casa, o si necesita algo de mí...

—A lo mejor sí — acabó por reír Clifford—. Ande, hombre, venga conmigo... a ver a la señora Sinclair.

Caminaron los dos por el sendero, y segundos después Clifford llamaba a la puerta

CAPITULO II

La puerta se abrió a los pocos segundos, al tiempo que llegaba una voz de mujer

—¡Larry, ven aquí! ¡Te tengo dicho que no tienes que abrir nunca la puerta ..!

Pero el pequeño Larry, cuatro años escasos, rubio, precioso, sonriente, había abierto ya la puerta, y estaba gritando a su vez:

—¡Mamá, es Elmer! ¡Y ese señor que nunca tiene nada en su casa! ¡Hola, Elmer!

Clifford Copley había enrojecido intensamente, con una brusquedad tremenda, que le hizo arder la piel un instante. La señora Sinclair apareció en el vestíbulo a toda prisa, y, al oír las palabras de su hijo también enrojeció, y se detuvo en seco. Por suerte, la presencia de Elmer salvó la situación, de momento.

—Buenas tardes, señora Sinclair — saludó; y acto seguido guiñó un ojo al pequeño rubio—. ¿Qué tal, Larry?. ¿Ya has visto tu programa de televisión?

—¡Elmer, súbeme! —Alzó sus bracitos Larry—. ¡Quiero ver el mundo desde ahí arriba!

—¡De modo que ya has aprendido la broma, pillastre! ¿Es que no puedes esperar a crecer?

El agente había tomado en brazos al niño que se apresuró a encaramarse hacia los hombros; los colosales hombros del gigantesco Elmer, cuya gorra fue arrancada de su cabeza y pasó a ocultar casi por completo la del niño.

—¡Mira, mamá! ¡Soy policía!

La señora Sinclair, reaccionando, se acercaba ya a los dos hombres, cuyo contraste era total. Clifford Copley, alto, pero delgado, esbelto, elegante, con lentes, de aspecto intelectual, joven... Y Elmer Gropper, más alto todavía, robusto, fornido, enorme, de rostro de facciones gruesas, cabellos completamente blancos a sus cincuenta y seis años. Una mole humana.

—Larry... ¡Larry, ten cuidado! — gimió Amanda Sinclair.

—No se preocupe, señora — dijo Elmer, sujetando las piernas del pequeño —. Larry está tan seguro aquí arriba como en su propia cama. ¿Verdad, Larry?

—¡Tienes la cabeza muy grande, Elmer! — Exclamó el niño—. ¡Mira cómo tu gorra se me come toda la cabeza:

Elmer se echó a reír. Amanda Sinclair y Clifford Copley, que se habían mirado velozmente un instante, emitieron unas risitas un tanto forzadas.

—Las gorras no comen cabezas — dijo Amanda—: sólo las cubren.

—Te voy a hacer una gorra como ésta a tu medida —dijo Elmer, mirando hacia arriba—, ¿Te gustaría, Larry?

—¡Ya lo creo! ¡Y saldré a patrullar en tu coche! ¿Verdad, Elmer?

—Hummm... Eso no sé. Podría ser muy peligroso

—¡Pero tú llevas pistola! ¡Y si algún ladrón...!

—Anda, baja de ahí — amonestó finalmente Amanda a su hijo—, ¡No seas pesado, Larry!

—¡No soy pesado! ¡A Elmer le gusta jugar conmigo! ¿Verdad que sí, Elmer? El tiene un nieto de siete años, y cuando no puede ir a verlo viene a jugar conmigo. ¿Verdad que sí, Elmer?

—Pues... la verdad es que sí —rió Elmer, un tanto cohibido—. Pero si tu madre quiere que bajes...

—Bueno — sonrió Amanda —, espero que no se pasará ahí la vida. ¿Ocurre algo, Elmer?

—No, no, señora, no... Me encontré con el señor Copley, que venía hacia aquí a pedirle a usted soda, y me pareció que a usted no le molestaría que yo aprovechase la ocasión para ver a Larry.

—Claro que no — murmuró Amanda, mirando a Clifford, que de nuevo se había sofocado—. ¿Necesita usted soda, señor Copley?

—Sí... Bueno, estábamos la señora Oldenburg y yo... Sí, le... le agradecería... Claro que si no tiene...

—Ayer vino usted a pedir café — dijo Larry, desde las alturas.

—Bueno, yo... esperaré aquí, y...

—No, no, venga

Clifford comprendió que era lo mejor. Si seguía allí escuchando al pequeño Larry su .tensión aumentaría, y, por supuesto, aumentaría también la turbación de la señora Sinclair si él continuaba oyendo los comentarios del niño. Así que, dejando a Larry jugando sobre los atléticos hombros de Elmer, Clifford se fue en pos de Amanda Sinclair hacia la cocina.

Amanda Sinclair olía a... a jabón perfumado. Esto, y el hecho de que llevase recogidos los cabellos dorados como el oro en un denso moño en la parte posterior de la cabeza, hizo comprender a Clifford que Amanda se había bañado hacía poco. Sí, sus cabellos eran preciosos. Y su nuca, blanca y delicada, que por primera vez podía ver bien, era... como alabastro. Amanda llevaba unos «jeans» y un jersey negro que moldeaban su figura esbelta y elegante de un modo muy sugestivo. Segundos antes, Clifford había visto la forma rotunda de los senos, altos y elásticos. Ahora, viendo la esbelta cintura y la forma de las caderas, que se movían rítmicamente al caminar la joven madre de Larry, Clifford pensó una vez más qué clase de imbécil podía ser el ex marido de Amanda Sinclair. Totalmente imbécil. . Porque sólo un imbécil podía haber tenido la idea de divorciarse de una mujer como Amanda. ¡Un completo y rematado imbécil!

Amanda se volvió a medias de pronto, y su seno izquierdo pareció proyectarse, dando una forma bellísima a su silueta.

—Hace días que no veo a Elsa — dijo Amanda —. Espero que se encuentre bien.

—Sí, sí — desvió rápidamente la mirada Clifford del pecho de ella —. Precisamente, me ha enviado a pedirle soda porque desea tomar un poco de

whisky.

—¿De veras? Es una anciana bien peculiar, ¿no le parece?

—Sí. Es muy... muy vital, sí.

—Vital, ésa es la palabra exacta — entraron en la cocina, y Amanda fue directa hacia el frigorífico, con la mirada de Cliff clavada de nuevo en su bellísima nuca —. Claro que no es sorprendente que un escritor encuentre las palabras exactas.

—No No es sorprendente. Bueno, señora Sinclair, sé que la estamos molestando continuamente con pequeñas peticiones que...

—No tiene importancia. Yo también le pido algo de cuando en cuando a Elsa, ¿no es cierto?

—¿Sí? — Se pasmó Clifford—. ¡No lo sabía!

—Pues sí — se sonrojó un poco Amanda —. Lo que ocurre es que como usted siempre está arriba escribiendo, no se entera de nada.

—Ah, es cierto, sí...

—¡Vaya, qué mala suerte, sólo tengo un botellín de soda! ¿Tendrán suficiente?

—Nos arreglaremos; yo me pondré agua. Es usted muy amable, señora Sinclair. Gracias...

Clifford tomó el botellín de los finos dedos de Amanda, rozándolos. Estaban tibios, y eran tan finos Amanda tenía un garganta preciosa. Los ojos eran., como dorados. Sí, parecidos al hermoso cabello. ¡Qué ojos tan extraordinarios! La boca era gordita y bien dibujada, y Clifford se quedó absorto mirando cómo se movían los turgentes labios cuando ella hablaba; los dientes eran blancos, blancos, blancos... Sí, Amanda olía a jabón perfumado, tenía la boca maravillosa, la garganta preciosa, los pechos sensacionales...

Clifford Copley casi respingo, de pronto, al darse cuenta de que ella había callado y lo miraba no poco turbada por él recorrido que él, en su fascinación, estaba efectuando con sus ojos por el rostro y torso de la encantadora vecina divorciada. Amanda parecía tener chispitas de oro en los ojos.

—Me... me parece que me estaba usted diciendo algo, pero no... no la he oído... Lo siento.

—Decía — murmuró ella — que Larry quiere mucho a Elmer. Es su amigo favorito.

Clifford se dio cuenta de que hasta la cocina llegaban las risas del niño, y asintió.

—Sí, lo comprendo. Elmer es un buen hombre. Y claro está, le gustan los niños. Como tiene un nieto de

—¿Y a usted, señor Copley? ¿Le gustan los niños?

—¿A mí? Pues... ¡Oh, sí, me encantan los niños, naturalmente! Sí, naturalmente.

—Espero que no le haya molestado lo que ha dicho Larry.. Los pequeños se fijan en todo, y no siempre saben cuándo han de permanecer callados.

—No tiene importancia. Además de que el pequeño tiene razón: siempre

estoy pidiéndole cosas a usted. Bien... Esto... Gracias por la soda, señora Sinclair.

—Ya no soy la señora Sinclair.

—Sí, claro... Bueno...

—Mi nombre es Amanda Benet.

—Sí, comprendo. . Comprendo. Vaya, hace una tarde terrible, ¿no le parece? Seguramente, acabará por llover.

—Seguramente. Pero igual estamos así una semana antes de que se decidan las nubes a soltarse.

—Sí, es verdad. El mar está picado, y viene un aire frío muy poco agradable.

—Si tuviésemos casas delante, no lo notaríamos casi nada. Pero, como sólo hay casas en esta parte, y quedamos enfrente mismo del mar, por eso lo notamos.

—Cierto, cierto...

—¿Le gusta a usted escribir, señor Copley?

—Sí.

—Yo lo he intentado varias veces, pero no es tan fácil como parece. Se me ocurren buenas ideas para guiones de cine y televisión, pero cuando me pongo a escribirlas es un desastre.

—Ya. Sí, es comprensible. Esto... Bien, sí yo puedo ayudarla en algo alguna vez...

—¿Lo haría? — exclamo Amanda.

—Por supuesto. Con mucho gusto, además.

—Pero usted debe tener ya mucho trabajo...

—Regular, nada más. Me las voy arreglando.

—En ese caso, quizá podríamos los dos encontrar un momento para conversar sobre alguna de mis ideas y ver el modo de enfocar la que pareciese más interesante. Bueno, me temo que esa parte sería trabajo extra para usted, señor Copley.

—A mí no me asusta el trabajo, de modo que cuente con ello. Pero, señora... Benet, quiero decir señorita Benet, aunque no hace mucho que vivo con la señora Oldenburg he sabido que usted es una buena actriz. ¿No le sería más rentable trabajar como actriz?

Amanda palideció ligeramente, y desvió la mirada.

—También me gustaría aprender a escribir bien—murmuró.

* * *

—¡Esa pobre muchacha! — Exclamó con tono irritado la señora Oldenburg —. ¡Y todo por culpa de ese canalla miserable!

—¿De qué está hablando? — se interesó Clifford.

—Usted, claro, no sabe por qué ella palideció al decirle que trabajase en el cine.. Es por culpa de su ex marido. Cuando se casaron, hace cinco años, los

dos comenzaban a tener suerte en el cine. El es un hombre guapísimo, y ella..., bueno, ¿qué voy a decirle de ella que usted no haya visto?

—Es encantadora — murmuró Clifford.

—En efecto. Su marido, ya sabe usted, es Robert Sinclair, que ahora está triunfando a lo grande. Bueno, hace ya unos tres años que las cosas comenzaron a irle de maravilla a Robert Sinclair. Y a partir de ese momento, las cosas empezaron a ir mal en el matrimonio. Un caso clásico de parejas de actores. A él se le subieron los humos a la cabeza, consiguió que Amanda dejase de trabajar, y además se dedicó a tener líos con todas las mujeres famosas que se le ponían por delante. En poco tiempo, Amanda se encontró poco menos que recluida en casa, engañada y escarnecida. Vivían en la casa de al lado, ya sabe. Robert Sinclair acabó por comprar una casa en Beverly Hills, claro. Y fue entonces cuando la paciencia de Amanda se terminó. Le dijo a Robert que quería volver a trabajar, viajar con él..., todo eso. Robert se negó. Finalmente, tras una larga temporada de discusiones en las pocas ocasiones en que se veían, decidieron divorciarse. Amanda consiguió una buena pensión, la casa..., y sobre todo, la tutela del niño, pues su abogado pudo demostrar la ciase de vida que llevaba Robert Sinclair.

—Entiendo. Ye diría que ella salió ganando, ¿no?

—Sin duda. Pero Amanda es demasiado orgullosa para seguir recibiendo dinero de su ex marido toda la vida de modo que decidió volver a trabajar para poder olvidar completamente a Robert..., y se encontró con que los resortes de éste en la actualidad son demasiado poderosos para ella. Robert Sinclair está consiguiendo que nadie la contrate como actriz..., y la está presionando desde el principio exigiéndole el niño.

—¿Quiere decir que el ex marido molesta a la señora Sinclair para que ésta le ceda al pequeño Larry?

—La molesta de todas maneras, la humilla, la amenaza, le ofrece dinero por el pequeño... Amanda está asustada y humillada. Por eso, supongo, querría encontrar el modo de romper toda relación con él, incluso la pensión mensual... ¿Cree que podrá usted ayudarla a escribir guiones, Cliff?

La expresión de Clifford era ahora hosca, dura.

—Si los guiones de ella..., quiero decir las ideas, son buenas, nadie me impedirá ayudarla a escribir los guiones.

—Es usted un gran muchacho, Cliff... Bueno, ya hemos tomado un traguito, y se va haciendo tarde. ¿Qué le gustaría cenar?

—Es usted más astuta que la bruja Millicent — rió Clifford Copley —: ¡sabe perfectamente que seré yo quien preparará la cena, de modo que esa pregunta tendría que hacerla yo!

—¿Sabe? — Sonrió la anciana—. He tenido muchas ofertas para alojar gente aquí; casi siempre, mujeres. Pero me dan miedo las mujeres, no se puede convivir con ellas. En cuanto a los hombres, estuve un buen tiempo rechazando candidatos a vivir conmigo..., y parece que valió la pena esperar.

—Es usted demasiado amable conmigo, Elsa.

—No creo — sonrió Elsa Oldenburg—. No creo.

* * *

Terminaron de cenar antes de las ocho. La señora Oldenburg se quedó viendo la televisión, y Clifford subió a su estudio para intentar encarrilar de nuevo el guión, pero pronto desistió de ello, al darse cuenta de que estaba distraído... pensando en Amanda Benet. Tuvo la relampagueante visión de ella completamente desnuda, tendiéndole los brazos, sonriéndole con tierna promesa, y, por un instante, Clifford se imaginó qué la abrazaba y la penetraba, mientras ella le besaba. .

Sacudió la cabeza, como si con esto pudiera lanzar bien lejos estos pensamientos, y se puso en pie. Abandonó el estudio, y bajó a la planta de dormitorios Desde abajo llegaba el sonido de la televisión. Ni hablar de eso: prefería leer. Así que entró en su dormitorio, encendió la luz, y fue directo a la pequeña librería atestada de libros. Por todas partes donde estuviera Clifford Copley había siempre libros. El decía que era un librómano, lo que, en definitiva, siempre es menos malo que ser un morfinómano, por ejemplo.

Eligió un libro, se sentó en la cómoda butaca, encendió un cigarrillo, y comenzó a leer.

El tiempo, la vida real, dejaron de existir para Clifford Copley.

Hasta que, de pronto, alzó la cabeza.

Todo estaba en silencio ahora, y precisamente ese silencio le había vuelto a la realidad. El silencio era hermoso. Afuera, en el pasillo, oyó el inconfundible caminar de la señora Oldenburg. Una gran dama, maliciosa, chispeante Sí, había tenido suerte de encontraría... Oyó cerrarse la puerta de su dormitorio. Sonrió cuando una idea pasó por su mente: ¿y si ahora, a solas, Elsa Oldenburg se convirtiese en una bellísima joven rubia que salía a la caza de hombres apasionados para luego perforarlos con un taladro...?

Sonriendo, reanudó la lectura.

Y de pronto, comenzó a oír los sollozos

Alzó de nuevo la cabeza, y escuchó con más atención, con el sorprendido gesto de quien se dice que no ha oído bien.

Pero los estaba oyendo perfectamente.

Dejó el libro junto al cenicero, y se puso en pie, notando un profundo desasosiego.. Pero no. No era la señora Oldenburg la que estaba sollozando en su dormitorio, no El llanto, los gemidos, los estremecidos sollozos de dolor y miedo sonaban en el exterior, en la calle.

Eran unos sollozos tan profundos, tan sentidos, tan hondamente lastimeros, que Clifford se estremeció bajo la sensación del escalofrío que recorrió su cuerpo desde la nuca a los talones Eran unos sollozos escalofriantes, increíbles, que expresaban una pena, un dolor, un miedo absolutos, increíbles...

Se desplazó rápidamente hacia la ventana, y la alzó En el acto, oyó los

sollozos con más fuerza. Había un tacto de humedad marina y de lluvia en el ambiente, la negrura del mar era espantosa. Era una noche extraña, de terribles presagios. Alrededor de las farolas del alumbrado de la avenida se formaba un halo de luz, como un gran globo amarillento.

Seguían sonando los sollozos pero no pudo determinar de dónde procedían. Sonaban con tal fuerza que no había más remedio que oírlos, por mucho que uno estuviera encerrado dentro de su casa. En un par de ventanas apareció la luz, en la casa de la derecha Cliff miró hacia la izquierda, hacia la casa de Amanda Benet, no supo por qué. Quizá había visto con el rabillo del ojo la luz que apareció en su porche al ser abierta la puerta de la casa. La figura de Amanda apareció fuera del porche. Ahora llevaba una Sarga bata casera. Clifford la identificó plenamente, desde luego. Todavía llevaba el moño...

De pronto, por encima de aquellos estremecedores sollozos sonó el agudo alarido de Amanda Benet, Desde la ventana de su dormitorio, Clifford la vio avanzar un paso, tendiendo los brazos hacia adelante y arriba, y, de pronto, quebrándosele aquel grito palpitante de angustia y horror en la garganta, Amanda rodó por el suelo.

En alguna parte se oyó una voz.

Por un instante, pareció que Clifford fuese a saltar por la ventana para acudir en ayuda de Amanda, pero la distancia hasta el jardín le pareció demasiado respetable para él; podía romperse una pierna. Así que dio media vuelta, y corrió hacia la puerta del dormitorio. Salió de éste, se lanzó escaleras abajo, y en un instante salía de la casa como disparado.

Esta vez no tuvo consideraciones de ninguna clase: corrió por el césped, resbalando en un par de ocasiones, pues la hierba estaba ligeramente húmeda. Había más luz en la calle, pues se habían iluminado más ventanas. Oyó alguna que otra voz .., siempre sin dejar de oír los sollozos estremecidos. Saltó el seto casi limpiamente, y en un par de segundos estuvo arrodillado junto a Amanda, que yacía de lado en el extremo del sendero, ante el porche

—¡Señora Sinclair!—llamó—. ¡Amanda!

La bata se había abierto, y un seno de Amanda se veía casi completamente, blanco y terso, precioso. Pero Clifford Copley no estaba para atender estos detalles ahora. Alzó a la muchacha, recostándola en el hueco de un brazo y dándole suaves golpes en una mejilla con la otra mano.

—¡Señora Sinclair!

Ni siquiera se dio cuenta de que, de pronto, habían dejado de oírse los sollozos. Parecía que Amanda no reaccionaba, y estaba tan pálida que Clifford se asustó.

Le puso dos dedos en un lado del cuello, pensando vagamente que quizá había muerto. Pero no. Simplemente, estaba desvanecida.

—Amanda... ¡Amanda!

Oyó las recias pisadas acercándose, y miró hacia allí. La figura que vio le hizo lanzar un fuerte suspiro de alivio, y enseguida llamó:

—¡Elmer! ¡Elmer, aquí, en casa de la señora Sinclair!

El agente Elmer Gropper llegó, jadeante, cuando

Clifford ya había alzado en brazos a Amanda.

—¡Señor Copley! ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Cliff se volvió hacia el agente, abrió la boca..., y en aquel momento vislumbró aquella forma clara por encima de su cabeza, a unos pocos pasos, junto a uno de los árboles del jardín. Era algo que flotaba... No, no flotaba. Era algo que estaba suspendido de una rama del árbol, y que se movía apenas, como girando suavemente.

Clifford Copley sintió como si un barreno acabase de explotar en su cabeza cuando, suspendido de la cuerda, vio el cuerpo del pequeño, precioso, encantador Larry, el hijito de Amanda Benet, ahorcado, con la cabecita rubia echada hacia un lado, roto el cuello...

Fue tal la impresión que recibió Clifford que Elmer se dio cuenta, y se adelantó rápidamente hacia él, sujetándole por los brazos.

—Señor Copley, ¿qué...?

Vio la desorbitada mirada de Clifford fija en aquel punto, y volvió la cabeza

El cuerpo del pequeño Larry seguía oscilando suavemente, como a impulsos de la leve brisa húmeda que llegaba del mar.

CAPITULO III

El pequeño Larry estaba maravillado, fascinado, emocionado, encantado de la vida. Muy abiertos los ojos pese a lo tardío de la hora, iba mirando de uno a otro de la gran cantidad de policías de uniforme y de paisano que se movían de un lado a otro, conversando en susurros, cambiando impresiones. Afuera, en la avenida, había nada menos que tres coches de la policía, y todo el jardín estaba profusamente iluminado. De cuando en cuando, el pequeño Larry notaba el nervioso, tembloroso abrazo de su madre, y entonces la miraba sonriente, y le recordaba una vez más:

—Estoy bien, mamá... ¡Estoy bien!

La bellísima Amanda, cuyo rostro todavía estaba demudado pese al rato transcurrido desde que encontró a su hijo ahorcado en el árbol del jardín, lo abrazaba entonces con más fuerza, pero no decía nada. Junto a ella estaba Elsa Oldenburg, sentada en el sofá, acariciando de cuando en cuando la cabeza del pequeño, que sólo tenía ojos para la multitud de policías en pleno trabajo. En un sillón, con no mucho mejor aspecto que Amanda, estaba Clifford, con un cigarrillo entre los dedos, absorta la mirada.

Elmer entró en el salón de la casa, se acercó a Clifford, y le puso una manaza en un hombro. Clifford alzó la mirada.

—El teniente desee hablar con usted, señor Copley.

Clifford asintió, suspiró, y se puso en píe. Acompañado de Elmer, salió de la casa, al iluminado jardín. El pequeño Larry todavía estaba allí, colgado por el cuello de la rama del árbol... Es decir, aquel muñeco de yeso vestido como el pequeño Larry, pintada la cabeza de rubio, con ojos de cristal. Visto ahora, con tanta luz como estaba proyectando sobre él la policía,, era fácil darse cuenta de la verdad, de que sólo era un muñeco. Pero, cuando lo vieron Amanda, y luego Clifford y Elmer, la cosa había sido bien distinta: los tres habían «visto» al pequeño Larry ahorcado.

El muñeco de yeso todavía oscilaba de cuando en cuando al llegar la brisa del mar.

El teniente Jack Inman acudió al encuentro de Clifford, intentando una sonrisa de comprensión. Era un hombre ñaco, de estatura mediana, de unos cuarenta años; su rostro era más bien feo y hosco.

—¿Se ha tranquilizado, señor Copley? — preguntó.

—Sí — murmuró Clifford.

—Bien... Me pregunto si tiene algo más que decir, o se ratifica en su primera declaración. ¿Ha recordado algo más, o quiere rectificar algún detalle?

—No, señor. Me ratifica exactamente en todo lo que dije. Lo mismo que le expliqué a usted cuando llegó es lo que le explicaría ahora y otras mil veces. No es tan complicado.

Inman miró con curiosidad a Clifford.

—Entiendo que es usted escritor.

—Sí. Escribo guiones para televisión, por ahora.

—Es el guionista de la bruja Millicent — dijo Elmer.

—Ah, sí, ya sé. Creo que es un personaje interesante.

—No es mío—masculló Clifford — : yo sólo escribo los guiones. Me dieron el personaje y las características, y eso es todo. No soy precisamente John Steinbeck.

—Por suerte para usted: por muy Premio Nobel que sea, el señor Steinbeck hace once años que murió, y usted sigue vivo. Y por lo que me contó cuando llegué, yo diría que es muy observador.

—Se supone que todos los escritores lo son.

—De acuerdo. Señor Clifford, yo diría que está usted molesto conmigo. ¿Puedo saber por qué?

—Sí, señor, puede saberlo. En primer lugar, llegaron haciendo tanto ruido que despertaron al pequeño, que dormía tranquilamente en su cama Y en segundo lugar, creo que deberían ya descolgar ese... ese muñeco,

Inman parpadeó lentamente. Luego, volvió la cabeza, para mirar hacia la avenida. Fuese por el fresco de la noche o por cualquier otra causa, ningún vecino se había acercado. Se veía luz en alguna ventana, pero eso era todo.

—No molesta a nadie tal como está — murmuró el policía—. Lo único que hay que hacer es evitar que el hijo de la señora Sinclair lo vea. Y supongo que su madre se encargará de eso. ¿Cree que ella ya está en condiciones de exponer su versión?

—¿Qué versión? — Gruñó Clifford—. Ya he hablado, con ella, y todo es muy simple: la señora Sinclair, como yo, oyó los sollozos, y le parecieron el llanto de un niño, así que, sorprendida, salió de la casa. Entonces, vio... esa cosa colgando, le pareció que era su hijo, y se desmayó. Eso es todo.

—Pero ella sabía que había dejado al niño durmiendo hacía rato, ¿no es así?

—Así es. Lo dejó dormido, ella bajó a hacer algunas cosas, y luego se quedó a ver la película de la televisión.

—¿Está usted seguro de que los sollozos comenzaron a oírse después de terminada la película?

—Sí. Tres o cuatro minutos después. Quizá cinco. Digamos, entre tres y cinco minutos después,

—Y usted se asomó a la ventana, pero no vio a nadie en la calle.

—A nadie. Ni podría decirle de dónde llegaban los sollozos. Quizá de aquí, pero también podrían haber sonado en otro u otros sitios.

—¿Y eso no le sorprendió?

—En aquel momento, no. Pero ahora sí lo encuentro sorprendente.

—¿Podría usted... definir esos sollozos, señor Copley?

—¿Definirlos? Bueno, más o menos. Me parecieron... de alguien que estaba sufriendo mucho, y que sentía una profunda pena, y por supuesto, pánico, horror. Algo así.

—Y esos sollozos..., ¿eran de niño o de adulto?

—Eran de pena y miedo. Quizá usted nunca haya leído esa frase literaria tan manida que dice «y se echó a llorar como un niño».

—Pues ahora que usted lo menciona... Pero ¿qué quiere decir?

—Podrían ser de niño, y también de una persona mayor tan asustada y apenada que se hubiese echado a llorar como un niño.

—Entiendo. Digamos que usted no se atrevería a clasificarlos.

—No, no me atrevo. Lo siento.

—El agente Gropper — señaló Inman a Elmer — también oyó esos sollozos. Estaba algo lejos de aquí, y dice que si vino hacia esta casa fue porque le pareció que provenían de aquí. Sin embargo, su compañero de patrulla, que permanecía en el coche atendiendo la radio, asegura que sonaron también por donde estaba él, esto es, a no menos de un cuarto de milla de esta casa. ¿Qué le sugiere esto a usted, señor Copley?

—¿A mí? Nada. No sé. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Se me ha ocurrido que un hombre de su imaginación quizá encuentre una explicación.

Clifford arqueó las cejas.

—Lo único que se me ocurre es que la persona que emitía los sollozos se desplazaba. ¿Qué otra cosa?

—Usted no se asomó a la ventana hasta que oyó los sollozos, ¿verdad?

—Así es.

—Y no vio a nadie..., digamos a alguien que se alejase de la casa de la señora Sinclair, de aquí, después de colgar el muñeco.

—No vi absolutamente a nadie. La primera persona que llegó, corriendo, fue Elmer. Vimos el muñeco, entramos en la casa a la señora Sinclair, y acto seguido Elmer corrió hacia el coche patrulla para decirle a su compañero que llamase por la radio al Departamento. Teniente, no sé más de lo que ya le expliqué, y está claro que también Elmer le habrá presentado un informe incluso más útil que el mío..., así que no entiendo por qué insiste tanto en hacerme las mismas preguntas. Sería más productivo, supongo, que se dedicase a hacerlas a otros vecinos que quizá si vieron algo.

—Mis hombres ya han hablado con algunos vecinos. Al parecer, todos oyeron los sollozos, pero nadie vio nada.

—Era una hora en que todos estaban viendo la televisión o acostados ya. Y no está la noche para pasársela sentado en el alféizar tomando el fresco.

—Desde luego que no. Gracias por su colaboración... Y me parece que de este asunto se va a hacer usted famoso.

—¿Famoso? ¿Qué quiere decir?

—Me extraña mucho que los periodistas no hayan recibido todavía la nota sobre lo ocurrido aquí. En cuanto se enteren, acudirán a toda máquina. Y no serán dos o tres, se lo aseguro. Redondo Beach está rodeada por Los Angeles, y de aquí van a venir a cientos los periodistas dispuestos a interesarse por una noticia tan... peculiar. Mucho me temo que lo van a acosar a usted y a la

señora Sinclair especialmente.

—Bueno, cada cual tiene que hacer su trabajo — encogió los hombros Clifford.

—Es usted muy comprensivo. Pero será mejor que estén preparados para el asalto de que serán objeto. Bien, en lo que a mí respecta, si no tiene nada más que decir, puede retirarse a su casa, señor Copley.

—Preferiría quedarme un rato más. ¿No puedo hacerlo?

—Naturalmente que sí — se sorprendió Inman—. Incluso se lo agradezco, por si se me ocurriese alguna pregunta más que hacerle. En cuanto a usted, Gropper, creo que su turno ya ha terminado, ¿verdad?

—Sí, señor: a las doce — asintió Elmer.

—Bien, comprendo que debe estar cansado, pero...

—No tiene ni que pedírmelo, teniente: me quedo hasta que a usted le parezca bien.

—Gracias. Gracias a los dos. Voy a ver cómo está eso de las huellas..., aunque no tenemos grandes esperanzas: el sendero está lleno de pisadas, y en la hierba no va a ser fácil sacar ningún molde. Hasta ahora.

Clifford y Elmer quedaron allí, contemplando el muñeco ahorcado; durante unos segundos permanecieron en silencio. De pronto, Clifford murmuró:

—¿Qué le parece a usted esto, Elmer?

—Debe ser la «broma» de algún hijo puta —masculló el veterano agente —. ¡Y como yo le ponga la mano encima...!

—¿Una broma? Yo estaba pensando en las palabras del teniente respecto a los periodistas que, al parecer, no pueden tardar en llegar. Según pienso, todo esto va a poner en primera página el nombre de Amanda..., y de su ex marido.

—¿Qué quiere decir?

—Digamos que ambos van a tener totalmente gratis una publicidad fabulosa.

Elmer estaba estupefacto.

—No sé adónde quiere ir a parar, señor Copley.

—Clare que también podría ser una... advertencia. O algo parecido a una... sugerencia de lo que podría ocurrir en realidad.

El policía lanzó una exclamación ahogada.

—¿Quiere decir que alguien ha intentado decirle a la señora Sinclair que puede ahorcar a su hijo? — casi gritó.

—No es una broma cualquiera — musitó Clifford—. Observe ese muñeco. Está hecho muy meticulosamente, se parece mucho a Larry. Y mire sus ropas. Creo haberle visto alguna vez con unos pantalones y una camisa así. . Luego, se me ocurre otra cosa, pero ya pasa de lo fantástico.

—¿Qué cosa?

—Usted sabe que en ciertas prácticas del vudú, esa especie de brujería practicada especialmente en el Caribe, algunas hechiceras hacen muñecos pequeños simulando personas a las que odian. Luego, a esos muñecos les clavan alfileres en el cuerpo, o en el corazón..., y según se dice, consiguen

torturar y hasta matar a la persona odiada y representada por el pequeño muñeco. Me pregunto si esto, de un modo u otro, no tiene relación con alguna práctica de brujería, aunque no sea precisamente el vudú.

Elmer contemplaba boquiabierto a Clifford. De pronto, soltó un bufido, y masculló;

—Usted debe entender bastante de brujería, señor Copley, puesto que escribe esas cosas de la bruja Millicent. Y admito que quizá tenga algo de razón, no sé. Pero por mi parte, no creo que nadie pueda matar a nadie con brujería. Es sólo una maldita broma de la que el autor va 3 arrepentirse si yo llego a saber quién es.

—También podría ser una jugada de Sinclair, el ex marido de Amanda.

—¿Qué clase de jugada?

—Quizá asustar a Amanda para que, temiendo ésta que algo malo pueda ocurrirle a Larry, decida ponerlo en manos de él, que posiblemente podría prestarle más protección. Tengo entendido que Robert Sinclair está haciendo lo posible por arrebatarle el niño a Amanda.

—¿Ah, sí?

—Eso tengo entendido.

—Pues que se vaya con cuidado ese Sinclair, porque como le llegue a ocurrir algo malo a Larry por sus bromitas, le partiré el cuello a patadas. ¡La madre que lo parió...!

—Son sólo suposiciones — recordó Clifford—, Bueno, voy a ver qué hace Amanda.

Dentro de la casa, Amanda estaba intentando convencer al pequeño Larry de que debía acostarse de nuevo, pero el niño se resistía con una tenacidad increíble, y resultaba fácil comprenderlo: estaba viviendo la gran aventura de su corta vida, y su excitación era total.

La situación terminó de estropearse cuando, en efecto, muy poco más tarde comenzaron a tomar fotografías y hacer preguntas. El teniente Inman estaba de un humor de perros, no sólo por la llegada de los periodistas, sino porque, tal como había temido, no habían encontrado en el jardín ni en el sendero ninguna huella que pudiese ofrecerles una pista. Es decir, que no tenían más pista que el muñeco de yeso colgado del árbol, que finalmente fue descolgado y enviado al Departamento de Policía.

Mientras tanto, dentro de la casa todos habían sido fotografiados y sometidos a toda clase de preguntas por los periodistas El pequeño Larry, con los ojos muy abiertos, miraba de uno a otro, guiñaba los ojos cuando ante él destellaba la luz de un flash, y no parecía haber comprendido todavía que él era el actor principal, ni que había sido hallado ahorcado en un árbol de su jardín.

Finalmente, ya cerca de las dos de la madrugada, entre el teniente Inman y Clifford consiguieron convencer a los periodistas de que había suficiente, y éstos se fueron retirando. También la policía se retiró, salvo dos agentes que quedaron de vigilancia frente a la casa, en un coche. La señora Oldenburg y

Elmer subieron a acostar a Larry, y así, cuando fueron a darse cuenta, de pronto, Amanda y Clifford estaban solos en e! salón. Durante unos segundos pareció que ninguno sabía qué decir.

—Bueno — dijo de pronto Clifford—, ha sido una noche agitada, me parece a mí.

—Si.. ¡Y por más que pienso no consigo imaginar quién ha podido darme semejante susto! Cuando... cuando vi colgado a...

—Es mejor que no piense en ello. Seguramente, Elmer tiene razón, y es una broma de mal gusto.

—¡Dios mío, una broma...! — Gimió Amanda—. ¡Creí que me moría cuando vi aquel muñeco! ¡Una broma!

Se quedaron mirándose. Clifford movió la cabeza.

—Creo que lo mejor será que nos retiremos todos a descansar, Amanda. Me temo que mañana no va a ser un día fácil para nosotros.

—Sí... ¡Y yo que había pensado ir a su estudio para que empezásemos a trabajar en uno de mis guiones!

—Espero que podremos hacerlo más adelante. Naturalmente, mi oferta sigue en pie.

—Gracias — Amanda puso una mano sobre un antebrazo de Clifford— Gracias por todo, señor Copley.

Debo decirle que su presencia me ha reconfortado mucho.

Clifford miró la blanca y bella mano de Amanda sobre su brazo. Asintió con la cabeza, y puso una mano sobre la de ella.

—Dígale a la señora Oldenburg que la estoy esperando para acompañarla a casa, por favor.

—Sí. Buenas noches, Clifford.

—Buenas noches, Amanda.

La señora Oldenburg bajó unos minutos más tarde, acompañada de Elmer,, y los tres salieron de la casa, frente a la cual seguía estacionado el coche con los dos policías.

—Me voy a quedar con ellos el resto de la noche —dijo Elmer —, y echaré un sueñecito de cuando en cuando.

Elsa y Clifford asintieron, y se dirigieron hacia la casa de la primera, que comentó:

—Es un buen hombre ese Elmer, ¿verdad, Cliff?

—Sin duda. Dígame, señora Oldenburg; ¿usted sabe dónde vive exactamente Robert Sinclair?

—No me diga que se le ha ocurrido visitarlo, muchacho.

—¿Le parece mala idea?

—¿Mala? Más bien innecesaria... Tengo la seguridad de que el guapo Sinclair aparecerá por aquí mañana temprano, en cuanto se entere por los periódicos de lo sucedido.

—Sí, es previsible — tuvo que admitir Clifford.

—Y de todos modos, ¿por qué habría usted de visitarlo? No pensará que él

ha tenido algo que ver con esto, ¿verdad?

—Por su modo de hablar, Elsa, interpreto que esa idea la ha tenido también usted.

—¡Una piensa tantas cosas...! Pero no sé qué pensar respecto a Sinclair. Todo esto parece más bien cosa de brujería.

—Sí, ya hablé de esto con Elmer, pero..

—¿Y quién es la persona que sabe más cosas de brujería en esta tranquila avenida residencial? — le interrumpió la anciana.

—¿Eh?

—¡Pues, querido mío, usted—la anciana rió quedamente, ya ambos ante la puerta de la casa—. ¡Nadie debe saber más que usted de estas cosas!

—Esto es fantástico — exclamó Clifford—. ¡No irá a decirme que cree que yo he tenido algo que ver con ese muñeco!

—Podría ser, ¿no? A fin de cuentas, yo no sé dónde estaba usted mientras yo veía la televisión.

—Caramba, Elsa — sonrió ceñudamente Clifford —, puestas así las cosas, yo tampoco tengo la certeza de que usted estuviese viendo televisión todo el tiempo mientras yo intentaba trabajar y luego me dedicaba a leer.

—Es verdad — suspiró Elsa Oldenburg—. Bueno, entremos: hace una nochecita de lo más desagradable.

—De brujas — dijo Clifford.

—O de brujos — lo miró maliciosamente la anciana—. Ande, ande, dejémonos de tonterías y varaos a dormir. Puede estar seguro de que por la mañana necesitará estar bien descansado...

CAPITULO IV

—No, señor—gruñó Clifford, al teléfono—, no me interesa en absoluto su oferta, lo siento

—¿Por qué? Pues porque no me interesa.

—¿...?

—En efecto, soy guionista de televisión, pero sigue sin interesarme su oferta: no pienso escribir un guión terrorífico sobre lo publicado en los periódicos.

—¡...!

—Desde luego que soy vecino de ella, y que soy yo quien mencionan los periódicos. Pero no quiero escribir eso. Ya tengo suficiente con las brujerías de Millicent.

—Mire, no quiero ser descortés, pero he dicho ya mi última palabra, así que peí dóneme, pero estoy muy ocupado. Buenos días

Coleó el auricular, pero, apenas el aparato tocó la horquilla, volvió a sonar el timbre de llamada. Clifford la tendió también, con un gesto de fatiga. Era la que hacía quince o dieciséis.

—¿Diga?

—Soy yo mismo. ¿Que desea?

—No, gracias. Ya me ha contratado la Warner Brothers. Buenos días.

Colgó. Y el teléfono volvió a sonar.

—¿Sí?

—¿...?

—Yo mismo. Diga.

—No, no, señor, no escribo cuentos de terror para ninguna revista..., ni pienso hacerlo.

—¡...!

—Sé muy bien la gran venta que tendría, amparado en mi relativo prestigio con la bruja Millicent y la publicidad del asunto del muñeco ahorcado, pero no me interesa.

—¡..!

—También sé que me he hecho famoso de la noche a la mañana. La oferte sigue sin interesarme. Adiós.

Pulsó la horquilla, sin colocar en ella el auricular, que dejó descolgado. Encendió un cigarrillo, con gesto fatigado. Ni siquiera eran las nueve y media de la mañana, y el teléfono no había dejado de sonar a partir de las ocho. Las perspectivas eran realmente terribles. Había tenido ofertas de todas clases, pero ninguna de las que a él le interesaban; para hacer lo que le ofrecían, ya estaba bien con su vieja amiga la bruja Millicent. Se había hecho famoso, es decir, popular, pero había ocurrido lo peor: lo habían encasillado definitivamente. Puesto que era un escritor dedicado a tramas de terror, eso era lo que querían todos. ¡Menos...!

Estaba a mitad del cigarrillo cuando Elsa Oldenburg regresó de casa de Amanda Benet, y, nada más ver su expresión, Clifford comprendió que tenía algo importante que decirle.

—Adivine quién acaba de llegar a casa de Amanda —dijo la anciana.

—¿Su ex marido? ¿Ese imbécil?

—Exactamente. Ha llegado en un «Rolls & Royce» color crema que es una preciosidad, acompañado de dos sujetos fornidos y casi tan elegantes como él. Y los periodistas que estaban pensando en venir aquí, se han quedado allí: está como un pavo real en plena exhibición de su lindo plumaje.

—¿No necesitamos nada? — preguntó Clifford, poniéndose en pie.

—Nunca viene mal un poco de café.

El escritor asintió con un gesto, y salió del salón, sin más comentarios. Cuando salió de la casa, todavía pudo ver a varios periodistas frente a la casa de Amanda, algunos de ellos disparando sus cámaras hacia un solo objetivo, que ciertamente no podía ser otro que Robert Sinclair.

Clifford utilizó la ruta normal para ir a la casa de su vecina, esto es, saliendo del jardín de la señora Oldenburg, caminando por la acera...

—¡Señor Copley!

Localizó en seguida a Elmer, de pie en la acera, y se quedó mirándolo sorprendido... ¿Ó no era Elmer? Sí, era Elmer, pero... resultaba extraño verlo vestido de paisano. A medida que se acercaba al policía, Clifford iba observando los detalles: la ropa barata, el cuello de la camisa arrugado, gruesos zapatones. Indudablemente, sin el uniforme Elmer perdía toda solemnidad, y quedaba convertido en un vulgar personaje de aspecto rudo.

—Hola, Elmer... ¿Qué hace por aquí?

—Me fui temprano a casa, me afeité, me cambié de ropa y comí algo..., ;y aquí estoy de nuevo! Nadie le hará el menor daño a mi amiguito Larry, ¿comprende?

—Desde luego. Pero ya hay vigilancia por aquí, Elmer; debería descansar.

—¡Bah! Me aburro descansando Oiga, ¿ha visto eso? ¡El fulano ha venido en un «Rolls»! ¿Qué demonios querrá?

—Indudablemente, ha venido a llevarse a Larry..., o a intentarlo, al menos. Ya ha entrado en la casa... Yo también voy para allá, a ver qué pasa.

—Bueno, si usted va...

—No. No se complique la vida, Elmer. Recuerde que va de paisano. . Será mejor que espere por aquí..., a menos que usted también tenga que pedirle algo de café a Amanda.

—Es usted un zorro, ¿eh? —Sonrió Elmer—. Bueno, señor Copley, si me necesita para algo, aquí estoy. ¿Comprende?

Clifford asintió, dio una palmada en un brazo a Elmer, y reanudó su marcha hacia la casa de Amanda. Le resultó imposible zafarse de los periodistas, que, perdido ya contacto con el guapo Sinclair, se dedicaron a él, haciéndole perder no menos de cinco minutos, pese a sus esfuerzos. Finalmente, pudo llamar a la puerta de la casa, y a les pocos segundos, se

abrió, y Amanda apareció, pálida, con gesto nervioso,.., que se transformó en uno de alivio al ver a Clifford.

—Ah, Clifford, buenos días... ¿Quieres pasar?

Clifford comprendió que, en realidad, Amanda le pedía que entrara en la casa, y así lo hizo en el acto. Su mirada fue vivamente hacia el hombre que estaba detrás de la bella Amanda; por detrás de este hombre, el guapo Robert Sinclair, Clifford distinguió, como borrosas, las siluetas de otros dos hombres.

—Espero no molestar — dijo Clifford—, pero la señora Ol...

—Pues sí molesta usted —dijo secamente Robert Sinclair —, de modo que media vuelta y largo de aquí.

—...denburg me envía para pedirle algo de café. Parece que se nos ha terminado muy inoportunamente.

—¿Es usted sordo? — Se adelantó Sinclair—, ¡Le he dicho que se largue!

—¿Está durmiendo Larry? — se interesó amablemente Clifford, sin dejar de mirar ahora a Amanda.

—Sí, todavía está durmiendo... a pesar de todo. Venga a la cocina, Clifford, y le daré...

—¡Escúcheme! — estallo Sinclair, agarrando rudamente a su ex esposa por un brazo —. ¡Tú y yo estamos hablando...!

—No —lo miró ella, un poco sobresaltada—. Ya hemos hablado, y todo está dicho. No te llevarás a Larry. ¡Nunca!

—¡Eso ya lo veremos! ¡Estoy dispuesto ..!

—Perdone—dijo apaciblemente Clifford, mirando a Amanda —: este caballero ya no es su marido, ¿verdad?

—No Pero, Clifford, no quisiera que

—Entonces, no tiene derecho a zarandearla, ¿cierto?

—Clifford, creo que será mejor que., que se marche...

—Lo haré después de este caballero, y con un poco de café. Escuche, señor: ¿será tan amable de soltar a la señorita Benet..., o prefiere que le parta la cara?

Sinclair soltó a Amanda, y se quedó mirando pasmado a Clifford. De pronto, su rostro se congestionó de ira.

—¡Escuche, mequetrefe...!

«¡Crack!», crujió el puño de Clifford en la barbilla del bello personaje. Robert Sinclair retrocedió, a punto de caer, pero al parecer no fue quien llevó la peor parte, porque Clifford lanzó un aullido, sacudió la mano en el aire, y luego la escondió bajo el sobaco...

—¡Oh, no! —Gimió Amanda—.¡No!

Pero fue sí. Los dos compañeros de Sinclair se acercaron rápidamente, y, sin más, uno de ellos disparó un tremendo puñetazo al vientre de Clifford, que lanzó un bufido, y se dobló hacia delante..., para recibir en un pómulo el tremendo trastazo del otro, que lo derribó rodando por el suelo.

Fue suficiente. Como en sueños, Clifford estuvo oyendo piar de pajarillos y voces de hombre y de mujer. Acto continuo, oyó un fuerte portazo. Luego,

notó algo fresco en el rostro, y, muy cerca de él, oyó su nombre, pronunciado por un ángel... Movió los párpados, y la visión se aclaré un poco. Sí, había un ángel rubio inclinado sobre él, llamándole. La visión se aclaró un poco más: el ángel rubio, claro, era Amanda, que parecía a punto de llorar mientras gemía:

—Clifford... ¡Oh, Clifford!

—Estoy bien — dijo éste, y al hablar notó un dolor tal en el estómago que su voz se quebró—. ¡Demonios!

—Lo siento... ¡Lo siento tanto! ¡Déjeme ayudarle, vamos al salón!

Cuando quedó en pie, tenía la sensación de que se había abierto un boquete en su estómago. Y le dolía el pómulo izquierdo una barbaridad; era como si tuviese allí una brasa... Una brasa húmeda... De una humedad caliente.

Se dio cuenta de que estaba caminando hacía el salón ayudado por Amanda que se había abrazado a su cintura y se había pasado un brazo por sus hombros. Se abrazó él también a la cintura de Amanda, y llegaron así ante un sillón, donde se dejó caer. El dolor en el estómago, sobre todo, era espantoso.

—Entonces — preguntó animosamente —, ¿puede prestarme algo de café?

Amanda emitió un gemido, y salió corriendo del salón, Regresó en seguida, con lo necesario para curar la brecha que tenía Cliff en un pómulo, que terminó cubriendo con una tira de esparadrapo preparada...

—Estoy pensando — dijo Clifford — que si hubiese llevado ¡os lentes quizá no me habrían zumbado. Quizá.

—Creo que lo habrían hecho de todas formas. |Son unos salvajes...! Oh, Clifford, cuánto siento que...

—El que algo quiere, algo le cuesta. ¿Y ese café?

—¡Cielos, es usted increíble!

—No soy muy fuerte, pero en efecto, tengo un carácter d3 hierro'. ¿Qué quería el bello Sinclair? ¿Al niño?

—Sí, si... ¡Pero nunca lo tendrá! ¡Oh, Dios mío, me pregunto cómo pude amar alguna vez a ese... ese...! Y tengo la certeza de que si quiere llevarse a Larry es sólo por causarme dolor, no porque lo ame. ¡Nunca me perdonará que fuera yo quien le pidiese el divorcio, es demasiado vanidoso y egoísta!

—Peor para él. De veras: temaría una taza de café.

—Tengo preparado en la cocina. ¿Puede caminar bien?

—Me parece que no.

—Le ayudaré...

Se volvieron a abrazar, y fueron a la cocina. Cuando llegaron allí, Amanda se dispuso a deshacer el abrazo, pero Clifford, con hábil maniobra, la mantuvo abrazada por !a cintura, haciéndola girar de modo que quedaron frente a frente. Durante un instante, Amanda le miró con cierta sorpresa.

Y de pronto, sonrió.

—Puede que tengas un carácter de hierro — musitó—, pero no irás a negar que eres un tonto tímido. ¡Te ha costado mucho decidirte!

Tras decir esto, se alzó sobre las puntas de los pies, y besó a Clifford en la boca. Antes, el escritor había estado oyendo silbidos y zumbidos, debido al golpe. Ahora, sintió como una lenta, maravillosa oleada de calor en todo el cuerpo. Apretó más el cuerpo de Amanda contra el suyo, y su boca se apoderó de la de ella, en un beso profundo y largo, largo, largo... El silencio era maravilloso. Clifford tenía tan fuertemente abrazada a Amanda que, además de notar en su pecho los de ella, recibiendo su calor, oía el latir de su corazón.. Deslizó una mano hacia la nuca de Amanda, y la acarició. Amanda emitió un gemido sofocado por el beso, y, por fin, apartó su boca, con un gesto ansioso.

—Cielos...—jadeó.

—Si te dijera lo que he pensado de ti muchas veces. .

—¿Que... qué has pensados'

—Que te tenía desnuda en mis brazos, y que...

—Ese es un sueño muy corriente, Cliff

—Pero sólo un sueño.

—Dicen que, a veces, los sueños se convierten en realidad.

El asintió. Puso una mano sobre un pecho de ella, y lo notó tenso, turgente, bajo el jersey. Lo apretó suavemente, y la miró, con cierta expectación. Ella se limitó a sonreír dulcemente, y miró su boca. Clifford Copley murmuró;

—Ahora, sólo me falta que algún productor de televisión venga a ofrecerme escribir programas culturales.

—¿Es eso lo que realmente deseas escribir? — exclamó Amanda.

—Exactamente eso Y lo tendría todo... Todo.

Diciendo esto, acarició de nuevo el pecho de Amanda, que suspiró y volvió a mirar su boca. Cuando Clifford volvió a besarla, ella pareció amoldarse completamente a él, formar parte de su cuerpo. ¡Qué hermoso era el silencio...!

Y de pronto, comenzaron a oír los sollozos.

Se tensaron los des a la vez, quedaron rígidos.

Y de pronto, separaron sus bocas, y se miraron. Una expresión de espanto apareció en los ojos de Amanda.

—Larry — gimió—. ¡Larry, hijo...!

Se desasió de les brazos de Clifford, y salió corriendo de la cocina. Clifford lo hizo tras ella, mordiéndose los labios para no gritar debido al dolor que sintió en el estómago. La alcanzó enseguida, y subieron juntos al piso de arriba. Amanda parecía al borde de la histeria. Clifford la agarró por un brazo.

—Cálmate — jadeó—. Amanda, cálmate, puede que él esté durmiendo, como anoche. ¡Cálmate!

La barbilla de ella tembló, eso fue todo. Clifford empujó la puerta ante la que se habían detenido, y los dos miraron hacia el interior del dormitorio... Un sollozo tembló en la garganta de Amanda al ver a su hijo en la cama, durmiendo apaciblemente. Corrió hacia allí, y se inclinó sobre él, al tiempo que lo hacía Clifford. El niño, agotado por la noche anterior, dormía profunda

y apaciblemente..., pero afuera, en alguna parte, y pese a los gritos de los periodistas, seguían sonando los fuertes sollozos.

Y unos golpes tan fuertes en la puerta de la casa que parecía que ésta fuese a ser derribada de un momento a otro.

—¡Señora Sinclair! — Llegó amortiguado el vozarrón de Elmer—, ¡Señor Copley, señora Sinclair...!

—No te muevas de aquí — dijo Clifford.

Cuando vino a darse cuenta, ya estaba ante la puerta, que seguía retemblando bajo los poderosos golpes de Elmer. La abrió, y se sobresaltó cuando el policía entró en tromba en la casa, pistola en mano, mirando a todos lados...

—¿Qué pasa? — Gritó —.Señor Copley, ¿qué...?

—Tranquilícese, Elmer — jadeó Clifford —. Larry está bien, y Amanda está arriba con él. Será mejor que usted suba al dormitorio y se quede con ellos.

—¡Pero esos sollozos...!

—Usted está armado, así que suba para quedarse con ellos. ¡Yo veré qué pasa ahí fuera!

Elmer se lanzó escaleras arriba, y Clifford salid de la casa. Afuera, el jaleo era tremendo. Los periodistas corrían de un lado a otro, había aparecido gente ante sus casas... Delante de la de Amanda, los dos agentes de turno en el coche de vigilancia estaban junto al vehículo, desconcertados, mirando a todos lados..., como si los sollozos que se oían con fuerza en toda la avenida pudieran ser vistos, además de oídos

Algunos periodista? quisieron entrar en la casa de Amanda, pero Clifford les cerró el paso, con gesto resuelto.

—¡El niño está bien, no le ocurre nada! ¡Nadie debe entrar en la casa!

—Pero, señor Copley — exclamó uno de los periodistas—, ¡esos gritos, esos llantos...!

—¡Le digo que no son del hijo de la señora Sinclair! ¡El niño está durmiendo, o lo estaba hace unos segundos!

Los dos agentes del coche habían tomado una decisión: uno de ellos estaba llamando por la radio del coche, y el otro corría hacia la casa de Amanda, pistola en mano. Clifford le dio la misma explicación que a los periodistas, y sugirió al policía que se quedara en la puerta de la casa...

—¡Tenemos que encontrar a la persona que está llorando de ese modo!— gritó un periodista,

—¡Yo creo que el llanto viene de allí! —señaló otro.

—No, no... — Rechazó un tercero—, ¡De allí!,

—Los dos tienen razón — dilo Clifford—. Viene de allí, y de allí, y de allí..., por la sencilla razón de que esa persona se está desplazando. Creo que está yendo de un lado a otro por los jardines de atrás de las casas, ahora.

—Me parece que no — dijo otro periodista—. Yo diría que se está acercando por...

—Se está alejando, no acercando — intervino todavía otro periodista.

—El teniente Inman está en camino — llegó diciendo el policía que había llamado por la radio—. ¡Mientras tanto, tenemos que localizar a la persona que llora, Weston!

—Lo mejor será que nos distribuyamos todos de tal modo que cuando...

El policía Weston se calló de pronto.

Ya no se oían los sollozos.

De pronto, tan súbitamente como habían comenzado, cesaron.

Y el contraste entre los estremecidos sollozos de pena y miedo y el silencio resultó terrible, como irreal.

—Ya no llora...—musitó un periodista.

El silencio era tan extraordinario que la escena no podía ser más insólita. Frente a las casas de Beach Avenue, el mar crujía suavemente en la arena de la playa. Un grupo de cuatro o cinco gaviotas pasaron hacia el Norte, en dirección a Santa Mónica...

—Bueno — mascullό uno de los policías—, esto es...

El alarido que sonó de pronto les puso a todos los pelos de punta.

Un alarido largo, tremolante, que parecía romperse y recomponerse continuamente. Un escalofriante alarido sobre cuya procedencia, al contrario que con los sollozos, nadie tuvo la menor duda: todos volvieron la cabeza en la misma dirección, hacia la parte norte de la avenida.

El policía llamado Weston fue el primero en echar a correr en aquella dirección.

CAPITULO V

Cuando vieron a la mujer frente a una de las casas, ésta continuaba gritando, gritando, gritando... Se hallaba frente a uno de los setos de separación con el jardín de la casa vecina, y lo que vieron en primer lugar, en las manos de la mujer, fue algo de color rojo...

No supieron lo que era hasta que estuvieron más cerca. Entonces, sí, los que llegaban en cabeza supieron que lo que la mujer tenía en las manos era una gorra ; una gorra de jugador de baseball, a las que tan aficionados son los niños americanos. Incluso, los más cercanos, ya a menos de cinco metros de la mujer, pudieron ver las estrellas azules en un lado de la gorra..., y también vieron, entonces, el cordel que colgaba de la gorra cayendo hasta el suelo y en dirección al seto.

Y lo que había al extremo de aquel cordel.

Una cabeza.

Una cabeza humana.

Una cabeza de niño, con los ojos fuera de las órbitas, relucientes como bolas de cristal, manchado de sangre todo el rostro, y las orejas... Era una visión espeluznante y sangrienta 1a de aquella cabecita caída sobre el suelo junto al seto, y la impresión fue tal que incluso los dos policías, que se habían colocado en cabeza del grupo, se detuvieron en seco, palidísimos.

—¡Dios mío!—jadeó uno de los periodistas, cuyo rostro había quedado blanco como la leche.

La mujer, de unos cincuenta años, seguía gritando, aullando, fija la mirada en aquella cabecita ensangrentada. Su grito era como una aguja de acero que estuviese atravesando las cabezas de los hombres que habían llegado corriendo, y a los que no veía. No veía nada, salvo la cabeza cortada, y toda su reacción era gritar, gritar, gritar, dominada por una histeria total, hasta que, de pronto, dio un extraordinario salto hacia atrás, cayó de espaldas al suelo, y comenzó a agitarse en tremendas convulsiones, mientras de su boca comenzaba a brotar espuma. Weston y Clifford fueron los primeros en reaccionar, saltando hacia la mujer, y haciendo lo posible por sujetarla, en lo que rápidamente fueron ayudados por algunos periodistas.

—La boca —gritó Clifford —. ¡Ábranle la boca, tenemos que impedir que se corte la lengua!

Dos pares de manos agarraron rudamente el rostro de la mujer, presionando en la articulación de las mandíbulas, y Clifford consiguió colocar su pañuelo doblado entre los dientes, manchándose de la espuma que brotaba sin cesar de la boca de la infeliz.

—¡Busquen un médico! — gritó el otro policía —. ¡Tiene que haber un médico en esta calle! ¡Búsquenlo!

Los periodistas estaban tan impresionados por las convulsiones de la mujer y por sus gritos que ahora sonaban ahogados, que ni siquiera habían pensado

en utilizar sus cámaras. Se separaron, mirando hacia las casas..., pero todas permanecían cerradas, ya nadie se veía en los porches, jardines o ventanas.

—¡Un medico!—comenzó a aullar uno de los periodistas—. ¡Necesitamos un médico...!

La ambulancia, llevándose a la señora Glackens, desapareció pronto por uno de los cruces de Beach Avenue, hacia el centro de Redondo Beach, y Jack Inman se acerco entonces al lugar donde yacían la gorra y la cabeza, y que, ahora sí, habían sido fotografiadas por todos los fotógrafos y desde todos los ángulos. También, finalmente, antes de ser trasladada a la ambulancia y durante el traslade, había sido fotografiada la señora Glackens, sobre cuyo estado había serias preocupaciones.

Elmer Gropper había acudido, requerido precisamente por Inman, que quería tener alguien con quien orientarse; y nadie mejor que Elmer, que hacía tiempo que prestaba sus servicios de vigilancia siempre por aquella zona, y conocía a todos los vecinos, según le había explicado Clifford al teniente.

—¿Y usted? ¿No los conoce? — había preguntado Inman.

—Sólo a unos pocos, y de vista nada más. Siempre estoy trabajando, y, la verdad, no me han parecido nunca gente muy sociable... Tampoco se puede decir que yo lo sea mucho, francamente.

Inman había mirado hacia las casas y jardines. Debía ser cierto que aquella gente no era muy sociable, porque no se veía a nadie, todo estaba cerrado. Lo cual había impulsado a Inman a enviar de nuevo algunos de los policías que llegaren con él a hacer preguntas casa por casa. ¡Alguien debía haber visto algo, no era posible que una persona que iba sollozando de un lado a otro no fuese vista por nadie!

Pero, de momento, todo lo que tenían era la gorra y la cabeza. Cabeza que, con ciertas reservas, debido a la sangre que la cubría con tal profusión, ya había sido identificada por Elmer Gropper. Es decir, no era sangre, sino pintura roja y ya seca, esparcida por las facciones y las orejas como si fuese sangre chorreante...

—Ye diría que es la cabeza de Ronnie, teniente — había murmurado Elmer —. Bueno, ya sé que es de yeso, como el cuerpo de mi amiguito Larry, así que... Bueno, lo que quiero decir es que parece una copia de Ronnie, el nieto de la señora Glackens. Es un niño no demasiado simpático, de unos... seis años.

—Que no está en la casa — murmuró Inman.

—No debe estar en la casa, a estas horas, sino en la escuela, naturalmente, señor.

—Si... Naturalmente. ¿Quiénes más viven en la casa?

—Los padres de Ronnie. E1 padre es el señor Glackens, hijo de la señora Glackens... Claro. Bueno, ellos dos trabajan creo que en una empresa exportadora de frutas; en las oficinas. Me parece que él es director de exportaciones, o algo así. Ella trabaja como secretaria. Está claro que ganan mucho dinero.

Juman asintió. Bastaba ver dónde vivía una persona para hacerse una idea bastante clara de su solidez económica, y, ciertamente, vivir en Beach Avenue no resultaba barato.

—¿Recuerda el nombre de esa empresa?

—No, señor, lo siento.

—Tendremos que buscar dentro de la casa algo que nos oriente, quizá una libreta de direcciones, o algún detalle de publicidad de esa empresa... ¡Logan!

—Diga, teniente.

—Encárgate de eso, ¿quieres?

—Sí, señor.

Logan entró en la casa, y e! teniente volvió a mirar la cabecita ensangrentada de niño que yacía en el suelo. Desde la cabeza, la mirada de Inman se desplazó, siguiendo el cordel, hasta la gorra roja. Cuando miró a Elmer, éste asintió, adivinando 1a pregunta.

—Sí, señor: he visto muchas veces a Ronnie con esa gorra, o. al menos, una parecida... Yo diría que idéntica.

De nuevo miró Inman la gorra, el cordel y la cabeza de yeso del pequeño Ronnie Glackens. Ya todos habían comprendido cómo habían sucedido las cosas. La señora Glackens había salido de la casa al oír los sollozos, y había mirado a todos lados. De pronto, vio la gorra de su nieto, o bien en el suelo, o bien colgada del seto. Con toda lógica, la mujer pensó que el niño se había dejado la gorra por allí la tarde anterior, y, por pura inercia, fue hacia ella, la cogió..., y al hacerlo apareció el cordel sujeto a la gorra. Sorprendida, la señora Glackens había tirado del cordel..., sacando así de entre los setos la cabeza de yeso escondida allí hasta entonces.

Diabólico.

Inman miró de pronto a Clifford, que permanecía silencioso, pensativo.

—¿Qué opina usted de esto, señor Copley? — pregunto.

Clifford lo miró lentamente como absorto,

—No sé.

—¿No se le ocurre nada?

—¿Que demonios quiere que se me ocurra?

—Por lo menos se le habrá ocurrido que algún loco anda suelto, ¿no?

—Yo creo que sería más loco si realmente hubiese hecho esto con el niño..., y con Larry anoche.

—¿No le parece cosa de un loco?

—Ya le he dicho que no sé qué pensar. Y me pregunto qué clase de loco podría ser una persona que deambula por aquí sollozando lastimeramente. Por otro lado, ¿acaso podemos estar seguros de que esto lo hace la misma persona que solloza?

—Bueno, voy a decirle qué pienso yo: nada de esto es casual, naturalmente, así que tiene que obedecer a un plan determinado,

—Es posible. Yo no soy policía.

—Lo sé... Es escritor. Dígame, señor Copley: ¿qué opina usted de todo

esto como... argumento para un guión cinematográfico?

—No sé.

—¿Cómo que no sabe? — Exclamó Inman—. ¿Tampoco sabe esto?

—Mire, ponerse a escribir barbaridades está al alcance de cualquiera: sólo hay que tener una máquina de escribir y pensar cosas así. Pero usted me habla de un guíen, ¿no? Y yo le digo que no sé cómo podría resultar esto sin saber cuál es el final. Toda historia tiene que poseer un final, y tanto mejor será la historia cuanto más interesante... y lógico resulte el final.

—Creo que entiendo. Bueno, ¿se le ocurre a usted algún final para esto?

—Me conformaría con saber, de momento, por qué alguien está haciéndolo.

—Ah, señor Copley, ésa es la base de toda investigación: ¿por qué? Hacerse esta pregunta casi siempre ofrece más amplitud de teorías que preguntarse quién hace las cosas. Han «asesinado» de modo brutal a dos niños. Por tanto, la pregunta lógica es ¿por qué?

—Bueno, al parecer hay alguna persona a la qué no le gustan los niños.

—Pues debe ser una mala bestia — farfulló Elmer —, ¿Cómo es posible que no le gusten los niños? Claro que hay más simpáticos que ostros, como Larry, o mi nieto, pero...

Inman miró interesado a Elmer.

—¿Acaso el pequeño Ronnie Glackens no es simpático, Gropper? — preguntó.

—La verdad es que no demasiado, señor, y siento decirlo, porque a mí me gustan todos los niños, pero ..

—Pero el pequeño Larry Sinclair si lo es ¿Cierto?

—Ah, sí, señor —sonrió Elmer—, ¡ése sí lo es, y mucho! ¡Es un diablillo muy inteligente!

—Pues esto no tiene sentido, entonces.

—Quizá el próximo caso le oriente a usted mejor, teniente — dijo suavemente Clifford.

Inman se quedó mirando a Clifford con los ojos entornados. Pareció a punto de decir algo, pero se ¡imitó a asentir con la cabeza. Por su parte, Elmer miraba sorprendido a Clifford, pero no tuvo tiempo de preguntar nada. Logan apareció, llevando una bonita agenda de cocina en una mano, que mostró a Inman.

—Lo tenemos, señor — dijo.

—Habrá que llamar al hijo de la señora Glackens

—Inman torció el gesto —. Bueno, yo me encargaré de eso. Si mientras tanto llega el sargento Dowlin con el equipo, dile que empiece.

—Sí, señor.

—Pero no encontraremos nada — gruñó Inman, caminando hacia la casa para llamar desde ésta.

—Se me acaba de ocurrir otro por qué, teniente —dijo Cliff.

Inman se detuvo, y lo miró expectante.

—Le escucho con interés, se lo aseguro, señor Copley.

—Me pregunto por que la persona que hace esto se pone a sollozar de modo tan estremecedor mientras va de un lado a otro. Y me pregunto también qué ciase de persona puede hacerlo.

—¿Un loco? — sugirió Inman.

—No creo. Aparte de que no sabemos si es hombre o mujer.

—¿Sabe? —Mascullό Inman —: la base de una buena investigación consiste en simplificar, señor Copley. ¡Y usted me lo está complicando todo aún más de lo que lo está!

—Lo siento. Sólo pienso.

—Bueno, siga pensando... Yo voy a telefonear. Quizá cuando lo haya hecho usted habrá encontrado todavía más preguntas.

Pero, por el momento, Clifford Copley no pensó en más preguntas, o si lo hizo, se las guardó para sí. Inman consiguió contacto con los Glackens, que aseguraron salir inmediatamente hacia el hospital donde habían llevado a su madre. Los hombres de Inman fueron regresando de su cometido casa por casa preguntando a los vecinos si habían visto a alguien sospechoso en algún momento, pero todo lo que consiguieron fue que una de las vecinas asegurase haber visto un perro por allí, un precioso ejemplar de pastor belga, nada menos, o eso le había parecido...

Inman soltó un bufido.

—¡Esta es buena! ¡Un perro!

—Habría que averiguar quién es su dueño y recordarle que no debe dejarlo suelto, señor — dijo Elmer.

—Sí, claro, claro. Un momento: ¿acaso no sabe usted quién es el dueño de ese perro?

—No sé de nadie que viva por aquí que tenga un perro de esas características.

—Quizá sea un perro perdido — dijo Logan.

Clifford le dirigió una amable mirada.

—Los perros no se pierden — dijo —. Vagabundean, pero nunca se pierden Todos saben muy bien cómo regresar a su hogar..., si es que lo tienen, claro. Y no importa en absoluto que ese hogar esté a cien o a quinientas millas: ellos vuelven siempre.

—Hablando de volver — murmuró Inman —. En electo, yo también creo que esto no ha terminado: nuestro desconocido llorón volverá por aquí, estoy seguro. No sé cuándo pero sé que volverá...

—Querrá usted decir que cree que él volverá a las andadas, pero no forzosamente por aquí, teniente — dijo Clifford —: quizá decida seguir el juego en otro lugar. Por poco listo que sea, comprenderá lo que usted Iba a decir hace un momento, esto es, que va a reforzar la vigilancia en re zona. Y entonces, ¿por qué arriesgarse?

—Señor Copley, usted sólo hace que fastidiarme con su lógica

—Pues lo siento mucho — sonrió Clifford—, paro mi intención es sólo la

de ayudar.
—No es que lo esté haciendo mal, entiéndame, señor Copley. Es que cuando uno tiene tantos interrogantes acaba por sentirse de lo más fastidiado.
Clifford encogió lo? hombros.
—Si quiere un café, estoy en casa de la señora... de la señorita Benet. Está invitado, teniente.
—Muy amable. Mire, señor Copley, he estado todo el rato conteniéndome, pero no puedo resistirme más a hacerle la pregunta. Es que, como buen policía, soy muy curioso, ¿sabe? La pregunta es: ¿qué le ha pasado en la cara? ¿Se dio contra una puerta?
Clifford subió la mano hacia el pómulo protegido por la tira de esparadrapo, pero no llegó a tocarlo: lo notaba hinchado, y le dolía un poco. Aquella bestia amiga de Sinclair le había hecho una buena brecha.
Y también se le estaba hinchando el ojo. Lo notaba.
—No. Me golpeó un amigo de Robert Sinclair.
—Ah.. Bueno, es usted muy sincero. Habría sido fácil decir que, en efecto, se había golpeado contra el canto dé una puerta abierta.
—Sí, pero habría quedado como tonto o cegato.
—Y no usted ninguna de las dos cosas.
—Le aseguro que no —sonrió hoscamente Clifford—. Llevo gafas para trabajar, pero eso es todo.
—Me gusta conversar con usted — sonrió a su vez Inman — Seguramente, iré a tomar ese café dentro de un rato.

* * *

El teniente Inman depositó la taza de café en la mesita, .y suspiró satisfecho. Se le vela cansado. Con él, en el salón de la casa de Amanda, estaban ésta, el pequeño Larry, Clifford y la señora Oldenburg. Larry miraba fascinado al policía, que tras encender un cigarrillo que le ofreció Clifford, preguntó:
—¿Dónde está el agente Gropper?
—Se fue a su casa. Vive muy lejos de aquí, hacia el interior... Cada viaje le cuesta una hora casi completa en su viejo cacharro, como él dice, Fue a ponerse el uniforme para estar aquí a las cuatro, en que entra de turno.
—Entiendo. Es un buen hombre. Los policías como él...
—Teniente — cortó Clifford —, usted no ha venido aquí a hablar de Elmer, ¿verdad? ¿Debemos entender que han encontrado alguna pista?
—Ninguna — masculló Inman—. Lo cierto es que he venido a hacerle una pregunta a usted, señor Copley. Es sobre algo que se me ha ocurrido de pronto... Aunque quizá sería mejor hacerla a una persona que lleve más tiempo viviendo en esta zona y conozca mejor a sus habitantes.
—En ese caso — Cliff señaló a Elsa Oldenburg con la barbilla —, creo que la señora podrá informarle mejor que yo de lo que sea. Creo que lleva

viviendo aquí más de quince años.

—Esplendido — exclamó Inman —. Dígame, señora Oldenburg: ¿conoce usted a alguien de por aquí que sea aficionado a la., escultura?

—No — negó en seguida la anciana —. ¿Por qué?

—Hemos estado examinando el muñeco que — Inman se detuvo, y miró al pequeño Larry, que seguía fascinado con él—. Bueno, el muñeco de anoche, ¿comprenden?

—¿Qué muñeco? — preguntó Larry

—Uno que encontraron en la calle, perdido, y claro, se lo entregaron a la policía — mintió rápidamente Clifford —. El teniente y sus hombres lo han estado examinando para ver si encuentran huellas de su propietario.

Larry volvió a mirar en el colmo de la admiración a Inman, que tras carraspear, prosiguió:

—Bueno, tanto aquel muñeco como... el objeto encontrado en el jardín de la señora Glackens no es que sean cosa de maravilla, pero revelan una cierta notable habilidad artística. Quiero decir que no los podría hacer cualquiera. Y luego, esas pinturas rojas, ¿comprenden?, y las ropas... Las ropas están hechas a mano Tanto los muñecos como las ropas demuestran una gran habilidad, paciencia..., y conocimiento de los personajes. Por eso, he pensado que si hubiese por aquí algún escultor aficionado...

—Estoy segura de que no — se ratificó Elsa Oldenburg—. Yo lo sabría teniente.

—Bien, mala suerte... Y tengo que marcharme ya. Gracias por el café. ¿Todo va bien por aquí?

—¿Bien? — Frunció el ceño Clifford—. Según cómo se mire... A mí me han hecho en el día de hoy unas veinticinco ofertas de trabajo, y a Amanda no menos de quince, entre televisión y películas.

—Caramba — parpadeo Inman—, ¡Eso debe ser muy beneficioso para ustedes, supongo!

—Bastante — tuvo que admitir Clifford—. En lo que a mí respecta, todavía no me han ofrecido lo que me interesa; pero, cuando menos mi cotización como guionista ha subido de modo asombroso. En cuanto a Amanda, llevaba tiempo buscando trabajo en el cine o la televisión sin conseguir nada, y en cambio, ahora podría hacer varias películas a la vez.

—Pero sé lo que pasa en situaciones como ésta — dijo la bellísima Amanda —: los productores se agarran enseguida a cualquier suceso notable; por lo general hacen una mala película oportunista, y en definitiva, y a la larga, los actore4s salimos perjudicados. Así que antes de aceptar algo me asegurare de que vale la pena..., y de que con un buen trabajo conseguiré continuidad.

—Eso está muy bien pensando — asintió Inman.

—De todos modos, quizá opte por dedicarme a escribir —reflexionó Amanda—. Bueno, dirigida por Clifford, naturalmente. Es una vida más... apacible, por lo general.

—Siempre he envidiado a las personas que viven apaciblemente — suspiró de nuevo Inman, poniéndose en pie —. Bien, tengo que continuar trabajando. No se preocupen por nada: todo está controlado... ¿Comprenden?

'— Desde luego Gracias, teniente.

—Mamá, ¿puedo acompañar al teniente a la puerta?

—saltó del sillón Larry.

—Claro que sí —sonrió Amanda—. Pero no pretendas subirte a sus hombros: el teniente no es Elmer, querido.

—Ya lo sé. Es más bajito y flaco, y nunca ¿'le.

—Vamos a ver si tú consigues hacerme reír de aquí a la puerta, Larry. Veamos: ¿cómo crees que podrías hacerme reír?

—Sé hacer muecas — aseguró Larry —. Elmer me enseñó. ¿Quiere que le haga la mueca del mico furioso?

—Podemos empezar por ahí — aceptó Inman, tendiendo la mano al niño —. Bien, comienza tu tiempo, amiguito: tengo que reír antes de llegar a la puerta. ¿Okay?

* * *

A las cuatro y algunos minutos de la tarde sonó la llamada a la puerta, y Clifford fue a abrir. Elmer Gropper, ya de uniforme, le sonrió, tras echar un vivo vistazo casi cómico hacia el interior de la casa.

—Hola, señor Copley. ¿Todo está bien por aquí?

—Así es, Elmer. Y no parece que vayan a haber más dificultades: el teniente Inman ha dejado la avenida llena de hombres.

—Bueno, no tantos, me parece a mi... Pero hay que ser precavido. Le he traído un regalo a Larry. Se lo prometí: ¿qué le parece a usted?

El regalo quedó ante los ojos de Clifford, sostenido por los fuertes dedotes de Elmer. Era una gorra de policía, idéntica a la del propio Elmer, pero del tamaño adecuado para la cabecita de Larry.

—Se pondrá contento — sonrió Clifford— Suba usted mismo a dársela, Elmer: está arriba, en su cuarto, jugando...

Elmer notó el parpadeo de Clifford, cuya mirada se había desviado hacia la casa de Elsa Oldenburg, Allí, en el porche, había un hombre, en actitud indecisa.

—¿Algún problema señor Copley? — murmuró Elmer.

—No. creo. Quizá sea algún amigo de la señora Oldenburg... Iré a ver. Suba, Elmer.

—Quizá sería preferible que me quedase aquí por si...

—Bueno, bueno — gruñó Clifford —: no vamos a ver fantasmas en todas partes, ¿verdad? Hasta luego, Elmer.

—Como quiera.

—Dígale a Amanda que ahora vuelvo, ¿quiere?

Echó a andar hacia la casa. El hombre que estaba en el porche lo estuvo

mirando, y, apenas llegó ante él, preguntó:

—¿Señor Copley? ¿Clifford Copley?

—Sí.

—Soy Malcolm Everett, señor Copley. Estoy a cargo de determinados programas de una cadena de televisión, y he venido a hacerle una oferta.

—Ya. Lo siento, señor Everett, pero ya tengo mi programa de brujas.

—Sí, lo sé — el hombre vaciló—. Bueno, seguramente mi oferta no va a interesarle, porque no se trata de brujas, ni monstruos, ni nada de eso...

CAPITULO VI

«Peter contempló horrorizado a Millicent.

—¿Qué has dicho? —jadeó.

Millicent bajó los párpados, pareció querer esconder !os ojos. Estaban I05 dos en la cama, desnudos, y habían terminado de hacer el amor hacía apenas un par de minutos. ¡Había sido tan maravilloso...! Peter sentía que su amor por la dulce y encantadora Millicent crecía y crecía y crecía... ¡Ella era tan delicada y tan apasionada a un tiempo! Todavía creía tener en sus labios la ternura de les de Millicent, y sentía en su piel la tibia piel de ella, la turgencia de sus pechos tiernamente rematados per los pequeños y losados pezones... ¡Todo maravilloso! Y ahora, de pronto, ella había dicho que... que...

—Que soy una bruja — repitió Millicent.

—¡No me gustan estas bromas, Millie!

—No es una broma —ella alzó los párpados—. Lo soy.

—Bueno, mira, déjate de tonterías. ¡También son ganas de amargarme la tarde! ¿A qué viene esto?

—A que soy una 'bruja Aunque... No sé... ¡Quizá ya no lo sea, Peter!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Las brujas no podemos amar. ¡Y yo te amo tanto a ti que quizá he dejado de ser una bruja!

—Te advierto que acabarás por cabrearme, Millie.

Ya está bien de esta broma.

—¿Y si fuese cierto? ¿Y sí yo fuese o hubiese sido una bruja?

Peter frunció el ceño, en verdad irritado. Pero, de pronto, sonrió, y deslizó una mano suavemente por los senos de Millicent, tersos, prietos, finos como seda.

—Bruja o no, eres adorable. ¿Sí fueses una bruja...? Bueno, sería un aliciente más que me ofrecerías. Y hablando de alicientes...

Se había ido acercando más a ella. La besó en la boca, y en el acto sintió aquella ternura cálida, aquella entrega dulce que le nacía girar la cabeza..: Ella también le acarició, y Peter volvió a sentir intensamente el deseo de aquel cuerpo precioso que tan dulce y apasionadamente se le ofrecía...»

Clifford Copley dejó de escribir en su vieja IBM, se puso en pie, encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana de su estudio. La noche en oscura, el cielo estaba encapotado, pero no parecía que fuese a llover, por el momento. El mar estaba más calmado que la noche anterior. Quizá ni siquiera llegase a llover.

Bueno, ¿y por qué no podía terminar todo bien para la bruja Millicent, vamos a ver? Seguramente, los productores rechazarían el guión que estaba escribiendo, y que, en último caso, podía reservarse para ocupar el último lugar en !a serie, que terminaría con el triunfo del amor sobre las brujerías...

—Me lo van a tirar a la cabeza — dijo Cliff, en voz alta —, pero por mí

pueden irse al cuerno. Si lo quieren, bien, y si no al demonio.

Pensó en su nuevo trabajo, ofrecido por Malcom Everett. No era propia y estrictamente un programa cultural de altos vuelos, como a él le habría gustado, pero podía muy bien ser el inicio de esa especialidad. Everett quería poner en marcha un programa de viajes por todo el mundo, y quería un guionista de calidad, serio, y que fuese conocido. El súbito salto a la popularidad del nombre de Clifford Copley le había decidido. Sí, era una buena oportunidad. Se terminaron los monstruos y las brujas.

Clifford miró su reloj de pulsera. Era casi la una de la madrugada. Vaya, aquello sí era trabajar. Pero había valido la pena. El guión ya casi estaba terminado, y había recuperado el tiempo perdido en los días anteriores. Una hora más de darle a las teclas, y se podía despedir de la bruja Millicent.

—Esto sí que es curioso — dijo, también en voz alta, Cliff —: ahora va a resultar que le había tomado cariño a Millicent.

Bueno, tonterías. Terminaría el cigarrillo, volvería a sentarse ante la máquina y...

Y comenzaron los sollozos.

Clifford se quedó con el cigarrillo a medio camino hacia la boca.

¿O no? ¿Habían sido alucinaciones acústicas...?

No. Eran los sollozos. Volvían los sollozos.

Abrió rápidamente la ventana, y pudo oírlos mejor, con escalofriante nitidez en el silencio de la noche... Lejana, se oyó una voz de hombre, y Clifford comprendió que era uno de los que el teniente Inman había dejado apostados en la zona, en coches. Desde otro punto, llegó también una voz de hombre...

Pero lo que mejor se oía, lo que más nítidamente y con más fuerza se oía, eran los sollozos de pena y miedo, de angustia y congoja. Era un llanto terrible, de una tristeza demoledora; de unos sollozos tan sentidos y profundos que partían el corazón, o, cuando menos, lo encogían.

En alguna parte, se oyó el motor de un coche al ser puesto en marcha, y apareció el resplandor de las luces largas. Sonó otra voz de hombre... En la distancia, hacia su derecha, Clifford creyó distinguir la alta y maciza silueta de Elmer, con su impermeable, corriendo y gritando algo.

Y seguían los sollozos, pero ahora sonaban en otro sitio, en" otro lugar. Se había desplazado el llanto de pena y miedo, de angustia y congoja, de tristeza demoledora... Elmer se detuvo, volvió la cabeza. Parecía desconcertado. El coche apareció, con las luces encendidas. Se oyó otra voz de hombre..,, pero siempre, siempre, con menos fuerza que los sollozos.

Clifford reaccionó de pronto, dando media vuelta y echando a correr hacia la puerta de su estudio, regresó, metió el cigarrillo en el cenicero, y volvió hacia la puerta, ajustándose el corto batín. Pasó rápidamente por delante de su dormitorio, del de Elsa Oldenburg y se lanzó escaleras abajo.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de la calle, sonó el estampido de; disparo.

Clifford abrió la puerta, salió al porche...

¡Crack, crack, crack!, sonaron tres disparos más, auténticos cañonazos en la noche silenciosa.

—¡Aquí! — Llegó la voz de Elmer—. ¡Aquí, aquí...!

Clifford echó a correr hacia donde sonaba la voz del policía, saltando de jardín en jardín, sin consideración alguna. Por la calzada paso otro coche, a toda velocidad, también en aquella dirección...

¡Crack, crack!

Una figura humana apareció de pronto delante de Clifford, que respingó y palideció.

—¡Alto! —Le conminó la voz—, ¡Alto o le disp...! ¡Ah, es usted, señor Copley!

La figura se concretó en la persona de uno de los detectives apostados allí por Inman. Clifford no podía hablar todavía. El policía señaló hacia detrás de él.

—Será mejor que vuelva a su casa, señor Copley.

Clifford tragó saliva. Luego, haciendo caso omiso del policía, reanudó su carrera hacia donde se estaban concentrando todos los hombres apostados en la zona; el policía optó por correr tras él, sin insistir en su buen consejo.

—¡Hacia allí! — Tronó una voz—. ¡Ahora se oye por allí! ¡McPherson, va hacia dónde estás tú...! ¡McPherson!

—¡Te he oído!—llegó otra voz, alta, aguda—. ¡Pero no veo a nadie por aquí! ¡Stowe, ¿ves tú algo?!

—¡No'

Clifford veía ya el grupo de hombres que se movían delante de fina casa. No se había encendido luz alguna en esta casa, ni en ninguna otra de las que Clifford veía desde allí. Las luces de la avenida, tomando el tono sombrío del encapotado cielo, creaban sombras que a Clifford le parecieron siniestras. Distinguió a Elmer y a otros dos hombres corriendo hacia él, mientras los demás, tan desconcertados como éstos, corrían hacia otros puntos, persiguiendo los sollozos, que se iban alejando

—¡Señor Copley! — gritó Elmer —. ¡Vuelva a casa, vuelva! ¡Lo estamos acorralando, y podría atacarlo a usted...! ¡Vuelva!

Los demás hombres habían callado, para que la voz de Elmer llegase, bien a Copley. Y cuando la voz de Elmer cesó, y cuando Clifford se disponía a contestar que no pensaba regresar a casa, su dio cuenta de que los sollozos ya no se oían. El silencio fue súbito.

Silencio total.

Elmer y los policías de paisano ya no corrían. Se habían detenido, y volvían la cabeza hacia uno y otro lado.

Silencio total.

Silencio terrible.

Los sollozos de miedo y pena habían terminado.

Exactamente nueve hombres, diez contando a Clifford, permanecieron

inmóviles y en silencio, esperando oírlos de nuevo, pero esto no sucedió. El primero en reaccionar fue Clifford, que de unas cuantas zancadas llegó ante Elmer, cuyos ojos relucían más que la pistola que empuñaba con mano firmísima.

—Elmer —jadeó Clifford—, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha visto?

—La verdad es que no lo sé... ¡No lo sé!

—¿Cómo que no lo sabe? — se acercó el detective Logan.

—No, no lo sé... exactamente. Me pareció ver... algo que se movía entre los setos, y entonces di el alto. Algo se metió entre los setos, grité que iba a disparar si no se detenía, y como no me obedeció, disparé... ¡No sé lo que era, de verdad!

—Pero hombre, ¿qué coño quiere decir con eso de que no sabe lo que era? — masculló Logan.

—Bueno... Me pareció... una cosa como... como de color verde, o algo así.

Logan lo miró torvamente, pero de pronto se volvió hacia los demás policías, y vociferó:

—¡Maldita sea, dad una vuelta con los coches por aquí! ¡Y llamad por la radio al Departamento, que avisen al teniente! ¡Vamos, vamos, esto no es una conversación de sociedad! Y en cuanto a usted, Gropper — se volvió de nuevo hacia Elmer—, ¡tenga cuidado con lo que dice!

—A la mierda — gruñó Elmer, irritado —. ¿Qué se cree? ¿Que estoy borracho? ¡Si digo que he visto una cosa de color verdoso es que he visto una cosa de color verdoso! ¿Se entera?

—Creo que deben calmarse los dos — dijo Clifford —. ¿Qué forma tenía esa cosa, Elmer?

—No sé exactamente. Quizá de hombre; un hombre más alto que yo... Bueno, algo así.

—Un hombre más alto que usted y de color verde, ¿eh? — deslizó con fría cortesía Logan.

—Más o menos, eso vi.

—Vaya, vaya... Bueno, y... ¿dónde estaba, cómo apareció ante usted?

—Escuche — se adelantó amenazadoramente Elmer — le voy a partir la cara aunque me cueste un disgusto...

—Está bien — gruñó Logan —. Tranquilo. Pero dígame dónde y cómo le vio.

—Frente a la casa de los Mumford..,, como si saliera de allí. Creo que deberíamos ir a echar un vistazo.

—De acuerdo.

Poco después, los tres se detenían delante de la casa de los Mumford, en la que no se veía ni una sola luz encendida. Tampoco en ninguna otra casa se veía luz, salvo en la de Clifford. Lo que, a fin de cuentas, tenía lógica: nadie quería salir de su casa para encontrarse con algún muñeco En el sendero relucían un par de casquillos de las balas disparadas por Elmer, el cual estaba señalando hacia un seto, a la izquierda de la casa vista de frente.

—Por allí se metió.

—Bueno, sea lo que sea habrá dejado alguna huella, esta vez. ¿Seguro que salió de esta casa?

—Eso me pareció. Pero seguro, no.

—Quizá sólo estaba por el jardín... — dijo Clifford —, al cual debió venir a dejar algo, ¿no les parece? Creo que deberíamos echar un vistazo, a ver si descubrimos algo colgado de un árbol, o cosa parecida. ¿Me comprenden?

Le comprendían perfectamente. Logan sacó una diminuta linterna de un bolsillo, y comenzó a dirigir el haz de luz hacia las ramas de los árboles.

—¿Vive algún niño en esta casa, Elmer? — preguntó Cliff.

—Sí, señor. Bueno, una niña. Es una pelirroja de lo más gracioso, Se llama Lucy. Hace cinco semanas cumplió siete años. , Por cierto, que Bonnie y Larry vinieron a la fiesta..., además de otros niños de la zona, claro. A todos les regalaron globos, y Lucy tocó el violín.

—¿Ya sabe tocar el violín?

—Oh, lo hace muy bien, de veras. Un día...

—No parece que haya nada por aquí — gruñó Logan—. Deberíamos llamar, a ver si todos les de la casa están bien. Me pregunto por qué demonios nadie ha encendido ni una sola luz, ni dan señales de vida... Bueno, sí, ya sé por qué, claro, pero... ¡Vamos a llamar!

Segundos más tarde, Logan llamaba a la puerta de la casa de los Mumford. Casi enseguida, les llegó una voz desde arriba, tensa:

—¡Márchese! ¡No queremos abrir!

Elmer retrocedió en el porche, y miró hacia arriba

—Señor Mumford, soy Elmer... ¿Están todos bien?

—Todos estamos bien. Todos.

—Me alegro mucho, señor Mumford. De todos modos, quizá sería conveniente que echásemos un vistazo dentro de la casa...

—¡No pienso abrir la puerta:

—Pero, querido — sonó la voz femenina ahora —, es Elmer. Creo que debemos abrir. Lucy está bien, no ha pasado nada, pero si ellos quieren...

—¡Está bien, está bien, ve tú a abrir si quieres! ¡Yo me quedo aquí con mi hija!

—Como quieras... ¡Ahora bajo, Elmer!

—Gracias, señora Mumford.

Elmer volvió al porche con Logan y Clifford, que lo miraban como divertidos, pese a todo.

—No es muy amable el señor Mumford, ¿verdad? —dijo Logan.

—Está asustado. Sólo tienen una hija, y viven exclusivamente para ella. La señora Mumford la tuvo cuando estaba a punto de cumplir los cuarenta, imagínese: ya creían que no tendrían hijos, y de pronto, a los cuarenta ¡zas!, ella queda embarazada. El señor Mumford tenía ya cuarenta y seis años, es decir, poco menos de la edad que tenía yo cuando me hicieron abuelo — en las enrejadas ventanillas laterales de la puerta apareció el resplandor de la luz

del vestíbulo de la casa —, y el hombre estaba loco de aleg...

¡AAAAaaaaAÁAaaa. .!

El alarido los hizo saltar a los tres, sobresaltadísimos. Fue un grito espeluznante, que hizo vibrar cristales, que atravesó la puerta, que penetró en los oídos como un chirrido espantoso ..

—¡Señora Mumford! — Gritó Elmer—. ¡Señora Mumford, ¿qué le ocurre?' ¡Abra la puerta, señora Mumford!

Pero la señora Mumford seguía emitiendo aquel alarido, que subía y bajaba de tono como una escala musical terrorífica. Elmer comenzó a golpear la puerta.

—¡Señora Mumford! ¡Señ...!

—¡Apártese!—exclamó Logan, empujando ya a Elmer.

Apoyó la boca de fuego de la pistola en la cerradura, disparó un par de veces, y acto seguido, de un tremendo puntapié acabó de abrir la puerta, lanzándola violentamente hacia su zona de apertura con tal fuerza que la pared se estremeció con el choque.

El primero en entrar, como una tromba, fue Elmer, mientras la señora Mumford, todavía a medio bajar la escalera que desde el vestíbulo conducía al primer piso, se dejaba caer de pronto sentada en uno de los escalones, escondía el rostro entre las manos, y, dejando de gritar como enloquecida, rompía a llorar estruendosamente.

Elmer la miró sólo un instante, porque enseguida su mirada se desvió hacia lo que colgaba de la lámpara del vestíbulo. Tras él oyó los respingos de Logan y Clifford, quienes, fascinados y aterrados, se quedaron mirando el cuerpo de la niña colgado de la lámpara, por medio de una cuerda atada a uno de sus tobillos.

Colgaba cabeza abajo, y sus rojos cabellos parecían una Donna llamarada reflejando la luz, estaba completamente desnuda, se veía todo el cuerpecito lleno de manchurrones de sangre, y, justo en el bajo vientre, una gruesa estaca de madera había sido clavada profundamente. La pierna libre colgaba hacia un lado de modo grotesco, horripilante...

—¡Dios mío!—oyeron el gemido en lo alto de la escalera sentada en la cual la señora Mumford lloraba estruendosamente.

Cuando los tres hombres miraron hacia allí, vieron al señor Mumford, lívido como un muerto, contemplando aquel sangriento duplicado de su hijita Lucy colgando cabeza abajo de la lámpara…

—¿Se siente mejor, señora Mumford?

—¡Si, teniente, gracias . Gracias.

Inman asintió, y miró al señor Mumford, que permanecía profundamente sombrío sentado en el sofá junto a su mujer, un policía estaba arriba con la niña, a la que, por suerte, su padre había encerrado en el dormitorio antes de bajar a ver que le ocurría a su mujer Hacia evitado el susto a la niña, pero él se lo había llevado de muerte, Por fortuna para ambos, el hecho de haber dejado arriba a su hijita, y saber que no podía ser aquello que colgaba de la

lámpara, había evitado desquiciamientos mayores, en especial a la señora Mumford

—Es una situación espantosa, lo sé — dijo Inman, por fin —, pero tenemos que dejar colgado el muñeco hasta que hayamos trabajado técnicamente en él. De todos modos, procuraremos terminar cuanto antes. Señor Mumford..., ¿seguro que no oyeron ustedes nada sospechoso dentro de la casa?

—Seguro,

—Bien....El hecho cierto es que alguien entró y colgó ese muñeco, que parece idéntico a los anteriores en su… creación. Es yeso y pintura roja. Los cabellos y los ojos de la niña son respectivamente de fibra y de cristal, igual que los otros dos muñecos... Y ya tenemos tres, con el de su hija. No sé cuánto durará esto, pero sí sé que cualquier orientación por parte de ustedes...

—¿Cree usted — gruño Mumford — que si supiéramos algo no se lo diríamos? Ya le he dicho que no sabemos nada, y que no oímos nada. ¿Cómo pudo entrar quien fuese dentro de mi casa? ¡No tengo la menor idea: No sabemos nada, teniente. Sólo sabemos... que nos hemos llevado un susto espantoso.

—Sí, lo comprendo naturalmente... Será mejor que descansen, que se tranquilicen. Voy a ver cómo van las cosas por ahí fuera, y volveré dentro de unos minutos.

Salió del salón, dejando en la puerta de éste a un agente uniformado. En el vestíbulo, Clifford Copley permanecía en un rincón, contemplando absorto el muñeco que representaba a la niña Lucy Mumford.

Inman se colocó a su lado, y se quedó mirando también el muñeco.

—Me pregunto — susurró — qué puede significar esa estaca clavada en... en semejante sitio.

—Es sólo una violación mecánica de lo más brutal. Desde luego, el objetivo es darles unos sustos espantosos a los padres. Tan sólo con imaginar que a su "hija podrían violarla realmente clavándole una estaca como ésa, hay para desmayarse del susto.

—¡Y con una hiña...! ¿Por qué siempre muñecos de niños, señor Copley? ¿Por qué no de adultos alguna vez?

—No sé.

—¿Sabe usted que uno de mis hombres ha creído ver un perro esta noche, cuando se oían los sollozos?

—Sí, ya me he enterado.

—Bueno... Me pregunto si no sería ese perro vagabundo contra lo que disparó el agente Gropper.

—No, no lo creo.

—Estaba oscuro, nublado, y

—A menos que Elmer estuviese borracho o drogado, teniente, no creo que pudiese confundir un perro con un... sujeto más alto que él y de color verdoso.

—¡De color verdoso...! — bufó Inman— Bueno, le diré que no hay huella alguna donde estuvo ese... sujeto verdoso. Hemos encontrado los casquillos

de las balas disparadas por Gropper, y las huellas de éste, pero... ni una sola huella más: como si allí no hubiera habido nada ni nadie; ni siquiera un perro, desde luego.

—Sin embargo — Clifford señaló el muñeco suspendido—, eso es real, ¿no. teniente? Alguien entró en la casa, y lo puso ahí.

—Indudablemente. Y esos malditos sollozos.,. ¿Cómo es posible que no haya huellas de ninguna clase, que no vieran más que un perro, que...?

—Parece indudable que usted no cree en brujas teniente.

—¡Qué tontería! ¡Claro que no creo en brujas!

—¿Ni en brujerías?

—¿Qué está tratando de decirme?

—Estoy tratando de decir que si aceptásemos que existen las brujas y lar brujerías, todo esto podría tener sentido, al menos en algunos detalles, como lo de los sollozos móviles, la invisibilidad del ser que los emite, ese perro que quizá es una bruja encarnada en él, esa... forma verdosa que podía o no podía ser un hombre... Pero corno nosotros no creemos en brujas ni brujerías...

—Yo, desde luego que no. ¿Acaso usted sí?

—Tampoco.

—¿Entonces… ?

—Entonces, me voy a casa. Tengo que terminar mi último guión sobre la bruja Millicent. Cuestión de una hora.. Ya nos veremos mañana

—Mañana va a ser un día terrible para esta zona, señor Copley. Se va a llenar de gente de todas clases, curiosos que llegarán ávidos de emociones morbosas.

Y vendrá la televisión, periodistas de todo el país, de cadenas de radio, de revistas... Total, que el asunto se desorbitará todavía más, y con tanta gente sólo tendremos dificultades.

—Yo no. Me bastará con no salir de casa... Buenas noches, teniente

CAPITULO VII

Clifford Copley se equivocó.

Tuvo dificultades.

No sólo por la avalancha de periodistas, equipos de radio y televisión, curiosos, y llamadas telefónicas, sino porque, a eso de las once de la mañana, cuando Beach Avenue era un hervidero de coches, personas, aparatos y furgonetas de televisión, Robert Sinclair llegó triunfalmente.

Vio llegar su «Rolls Royce» de color crema, y lo vio luego desde una ventana apeándose del vehículo, para ser inmediatamente asediado. Desde la casa de Elsa Oldenburg, Clifford estuvo mirando al bello pavo real pavoneándose. Su voz sonaría en todas las emisoras de radio, su imagen aparecería prácticamente en todas las pantallas televisivas del país, sus fotografías se verían en periódicos y revistas... Ni con cinco millones de dólares habría pagado Robert Sinclair la publicidad que estaba consiguiendo gratis.

Sólo cuando, tras un buen rato de pavoneo, Sinclair entró en la casa de Amanda, reaccionó Clifford.

—Le voy a partir la cara — dijo, olvidado de su pómulo abierto y su ojo ya francamente hinchado—. ¡Y lo mismo a esos dos gorilas de demonio!

Salió de la casa decidido, si bien notaba el estómago como encogido. El estómago, donde el puñetazo recibido el día anterior había dejado un hematoma tremendo... La idea de recibir unos golpes como aquellos no le hacía ninguna gracia, pero no pensaba consentir que aquel chulo de pantalla molestase a Amanda. Vaya que no. De un modo u otro, él impediría…

—Hola, señor Copley.

Alzó la cabeza y se quedó mirando a Elmer Gropper, que, nuevamente de paisano, había acudido en su tiempo libre a la zona donde prestaba sus servicios.

—Hola. Elmer. Perdone, pero tengo prisa...

—Le van a hinchar el otro ojo..., a menos que yo le acompañe. De todos modos, esta vez ese tipo no viene a llevarse a Larry.

—¿Ah, no? — Se interesó Clifford—. ¿Cómo lo sabe?

—El ha estado haciendo declaraciones a la prensa y todo eso... Ha dicho que no ha venido más que a estar junto a su hijo en estos momentos difíciles; ya que su esposa no le permite llevárselo para ponerlo a salvo de los horrores de este lugar, él está dispuesto a quedarse para protegerlo con su vida si es necesario, y que nadie va a poder impedirle que se instale en la casa con sus amigos, dispuestos a todo, y que nadie hará daño a su hijo.

—¡El muy cabrito...! ¡Todo eso suena más falso que un huevo de chocolate' ¡El muy asqueroso se está aprovechando de la situación para hacerse publicidad y fastidiar a Amanda, eso es todo!

—¿Quiere que vayamos los dos a sacarlo de ahí a patadas?

—Mmm... No. No, no.. Voy a entrar yo solo, a ver cómo están las cosas ahí dentro. Ese tino es un zorro granuja, Elmer: si lo fuésemos a sacar de ahí a la fuerza nos ganaríamos la repulsa de todo el mundo, y sólo complicaríamos las cosas... ¡Sujetos desaprensivos, uno de ellos policía, golpean a un padre cuando acude junto a su hijo para protegerlo! Eso dirían de nosotros.

—Pero él no tiene derecho a estar en la casa de la señora Sinclair..., bueno, de ella, si ella no quiere. Todo quedó bien claro: se divorciaron, ella se quedó con el niño, con la casa, recibe una pensión... ¡Y ese tipo cochino ni siquiera ha venido una sola vez a buscar a su hijo para llevarlo de paseo! ¡Siempre está ocupado haciendo de guapo en las películas...!

—Y además, Amanda no quiere que él se lleve al niño, de modo que todo eso va ganando mientras él no insista... Bueno, voy a ver qué pasa, y ya pensaré algo. Hasta luego, Elmer.

—Hasta luego. Si me necesita, llámeme,

—De acuerdo.

También esta vez se vio Clifford asaltado por los representantes de diversos medios informativos, incluida la televisión; lo que no dejó de hacerle cierta gracia: también él, como el guapo Sinclair, aparecería en la pequeña pantalla... Más de siete minutos le costó zafarse del tumulto, pero, finalmente, llegó ante ¿a puerta de la casa de Amanda.

Le abrió uno de los amigos de Sinclair, que se quedó mirándolo primero con evidente hostilidad, mas de pronto sonrió, y señaló el pómulo y el ojo hinchado de Clifford.

—¿Ha venido a que le igualemos la cara? — preguntó, zumbón.

—Apártese — gruñó Cliff, empujándole.

No sin benevolencia por parte del otro, consiguió apartarlo, entró, y fue directo al salón. Allá, en efecto, estaba Robert Sinclair, conversando con Amanda, que al ver a Clifford se puso en pie, se acercó rápidamente a él, y se tomó de su mano. Sinclair se quedó mirando fríamente a los dos, y murmuró:

—Entiendo. Es inútil que insista, ¿verdad?

—Del todo inútil — asintió Amanda.

—Y además — añadió Clifford, que comprendió cuál había sido el tema de conversación—, creo que debe usted marcharse de aquí ahora mismo. Esta no es su casa, Sinclair. Si llamo a la policía...

—Cierre esa maldita boca — masculló Sinclair, poniéndose en pie — o va a salir mucho peor librado que la vez anterior.

—Si vuelves a golpearlo por medio de tus guardaespaldas te denunciaré — advirtió Amanda—. Esto es allanamiento de morada con intimidación, y...

—¡Cállate tú también!

—Escuche — se adelantó Clifford hacia él, cerrando los puños —, a mí no me da miedo ni usted ni sus.,.

—¡Les digo que se callen, y que me escuchen! Tengo una oferta que hacerte, Amanda. Si la aceptas, bien para todos Si no la aceptas, voy a hacer las cosas de tal modo que Larry no querrá ver jamás a este hombre, nunca lo

aceptaría a su lado.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo decirle al niño cosas que... le indispondrían para siempre con este sujeto. Una mente infantil es tan receptiva... Estoy seguro de que nunca olvidaría las cosas que yo le diría, y jamás querría aceptar a este hombre. Eso sería desagradable para vosotros, ¿no?

—Es usted un canalla, Sinclair — dijo secamente Clifford—, ¿Qué demonios le pasa? Usted fue tan imbécil que dejó que Amanda se le escapara..., y ahora sólo pretende fastidiarla. ¿Por qué? Sabe muy bien que ella dejó de amarle hace tiempo...

—Pero yo no dejé de amarla a ella.

—Pues se fastidia. Nadie tiene la culpa de que usted sea un cretino.

—Le vamos a partir todos los dientes si continúa hablando — amenazó Sinclair—, Será mucho mejor que permanezca callado mientras le hago la oferta a Amanda.

—Ya me está usted tocando las...

—Espera, Clifford, por favor. . — Le retuvo Amanda por una manga—, ¿Cuál es tu oferta, Robert?

—Así me gusta. Muy bien, es la siguiente, yo me quedo en esta casa hasta que todo este asunto de los sollozos nocturnos haya sido solucionado por la policía, y cuando todo esté arreglado, me voy. Sólo quiero ofrecer una imagen que aumente mi popularidad. Sólo eso.

—Siempre fuiste un oportunista — murmuró Amanda.

—¿Qué tiene eso de malo? Cada cual emplea las armas que se le presentan. Yo puedo conseguir con esto un gran prestigio personal que redundará en mi fama profesional. Si aceptas, me iré de aquí cuando esto termine, y no volveré a molestarte de ninguna manera. Podrás casarte con este tipo, dejaré de pasarte la pensión, y quedarán rotos definitivamente nuestros vínculos.

—¿Como si nunca nos hubiéramos conocido?

—Exactamente.

—Acepto.

—¡Bien! En ese caso, dispondré...

—Un momento — deslizó acremente Clifford —. Quizá yo tenga algo que decir al respecto, Amanda.

—Oh, no, Clifford, por favor... ¡Sabes que eso es lo que estoy deseando hace más de dos años! Tienes que confiar en mí, no puedes dificultarme las cosas... ¡Por favor, Clifford!

—¿Qué le pasa a usted? — Sonrió irónicamente Sinclair—. ¿Teme que Amanda vuelva a enamorarse de mí y que le dé la patada?

—¿Tú lo quieres así realmente, Amanda?

—Sí, Clifford.

—De acuerdo. Si me necesitas para algo — señaló el teléfono—, llámame. Estaré trabajando.

Sin más, salió del salón. Cuando estaba cerca de la puerta de la casa, Amanda le alcanzó, y le retuvo por un brazo.

—Cliff..., no debes temer nada. No ocurrirá nada con ese engreído egoísta.

—Amanda, eso no me preocupa demasiado. El hecho de que un hombre y una mujer se acuesten juntos no tiene más importancia que la que ambos quieran darle. Puede ser un simple acto animal... relajante, o puede ser algo hermoso. Si lo haces como algo hermoso, habrás recuperado algo. Si lo haces por cierto impulso animal, es cosa tuya. Pero ya te digo que no es eso lo que me preocupe. Lo que me preocupa es que tienes miedo de él.

—¿Miedo de Robert? Bueno, no hay que exagerar...

—No miedo físico, sino miedo a estar todavía bajo su influencia. Y me da la impresión de que has aceptado su propuesta más que nada para demostrarte a ti misma que ya no sientes nada por él, para liberarte de algo que todavía te une a él en contra de tu voluntad.

—Cliff, no — negó Amanda, sonriendo dulcemente —. Estás equivocado, cariño. Hace tiempo que dejé de amar a Robert, lo sé con toda seguridad. Todavía estábamos casados cuando ya me negué definitivamente a convivir sexualmente con él. Todo terminó entre nosotros mucho antes del divorcio formal. No le temo en ningún sentido: sólo quiero que quede complacido en esa treta publicitaria suya, y que me olvide para siempre, tan completamente como yo estoy deseando olvidarlo a él.

—¿Estás segura? ¿Es eso?

—Segura, Cliff.

—Está bien.

Clifford pareció dispuesto a marcharse, pero Amanda le retuvo, se colgó de su cuello, y lo besó profunda y ansiosamente en la boca.

Cuando Cliff Copley salió de la casa, estaba por 1o menos seguro de una cosa: el bello Sinclair no iba a tener la menor oportunidad de recuperar a Amanda jamás.

* * *

Robert Sinclair deslizó una mano groseramente sobre un pecho de Amanda, a la que había acorralado en el cuarto de baño. Ella se disponía a salir, ataviada con el reducido pijama, de color azul claro, cuando él apareció en la puerta, y la fue empujando sólo con su proximidad, hasta que la había acorralado. Allí, sin más, puso Su mano sobre el pecho, que notó tibio, turgente, espléndido, por encima de la fina tela.

— Sería mejor si te quitases la ropa — susurró, sonriendo —. ¿Se ha dormido ya el niño?

—Sí.

—Bien. Entonces podemos ir a mi habitación, y...

—No.

—Vamos, no seas tonta. Mis amigos van a quedarse abajo, en el salón. Y

si el pequeño duerme, nosotros podemos... recordar los buenos tiempos.

—Nunca fueron buenos, Bob. Me di cuenta demasiado tarde, pero la revelación llegó. Si quieres que te diga la verdad, actualmente sólo me das asco. Así que quítame de encima tu asquerosa mano, y déjame salir.

—Vamos, vamos — Sinclair comenzó a subir la corta chaqueta del pijama deslizando sus manos por debajo —, no te hagas la remilgosa ni la despreciativa: siempre has estado loca por mí...

Amanda no pudo contenerse: soltó una carcajada.

Y cuando Sinclair la miró, sorprendido, desconcertado, ella volvió a reír.

—¡Eres un fantoche! — Exclamó Amanda—. ¡Cielos, no tienes ni la más pequeña oportunidad frente a Clifford! El es más feo, pero es mucho más hombre, más inteligente..., y no tiene esta cobardía tuya de acorralarme cuando nadie puede ayudarme. Pero ni siquiera necesito ayuda

—Ah, ¿no? —dejó él al descubierto los pechos de ella—. Me parece que te equivocas, preciosa. ¡Aunque sea aquí mismo, de pie en este lugar, voy a conseguir...!

—Te diré lo que vas a conseguir, Robert Sinclair: si no me dejas marchar ahora mismo, voy a empezar a gritar, despertaré a mi hijo, le diré todo lo cerdo que eres, y, en cuanto la policía acuda a mis gritos, y también los periodistas que deben haber por ahí fuera, les diré por qué te he permitido quedarte, cuáles son tus propósitos al hacerlo Por la mañana, todo el mundo sabrá que estás utilizando los medios de información para beneficiarte, que no eres un hombre valeroso y un padre amante, sino un cerdo cobarde. ¿Has comprendido?

Sinclair, que había puesto sus manos sobre los ahora descubiertos senos de Amanda, había quedado inmóvil, mirando fijamente los ojos que expresaban tan profundo desprecio hacia él. Lentamente, retiró las manos. Amanda se puso bien el pijama, y, sin volver a mirar a su ex marido, pasó por su lado y salió del cuarto de baño. Entró en su habitación, y enseguida miró hacia su cama. Todo estaba bien. Había preferido que Larry durmiese con ella, y allá estaba, sumido en el profundo y dulce sueño infantil.

Amanda Benet se deslizó en la cama junto a su hijo, apagó la luz de la mesita de noche, y se quedó mirando el techo, iluminado por el incierto resplandor que llegaba desde la calle. Se sentía profundamente feliz al saber que, de una vez por todas, se iba a librar de la presencia y el recuerdo de aquel hombre egoísta y tatuó..., y cobarde.

«Me gustaría ver qué hacía si el hombre más alto que Elmer y de color verdoso aparecía ante él», pensó Amanda.

Se estremeció al recordar esto. ¡Pobre Elmer! Seguramente había visto visiones la noche anterior...

* * *

—¿Te das cuenta del silencio? — preguntó Hunt. Prince alzó la mirada, y

contempló a su compañero.

Debían ser alrededor de las doce de la noche. Y era cierto. No sólo había silencio en la casa, sino que el mundo entero parecía silencioso. Como si en parte alguna pudiese haber ningún sonido.

—Sí... ¿Por que?

—No es un silencio normal — murmuró Hunt.

Prince ladeó la cabeza. Arriba, Sinclair quizá estaba gozando los favores de su ex esposa, mientras el niño dormía. Ellos no teman sueño, por el momento, pero si llegaban a sentirlo dormitarían allí mismo, en el sofá o en un sillón. Era un fastidio, pero sólo eso. Sin embargo, al parecer, Hunt se estaba poniendo nervioso, así que Prince acabó por sonreír irónicamente.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso temes oír los sollozos?

—Te digo que no es un silencio normal. Es como... como si todo., estuviese muerto.

—No seas idiota. El que está muerto de miedo eres tú.

Hunt no contestó. Parecía escuchar. Escuchar el silencio, Se pasó la lengua por los labios. Prince comenzó a ponerse nervioso. Bien, quizá si fuese cierto que había un silencio... extraño. Se puso en pie, y fue a mirar hacia la calle por una ventana del salón... No se vela a nadie, naturalmente. Debía haber no menos de dos docenas de policías escondidos en la avenida, pero no se veía ni uno solo. No se veía a nadie, no se oía nada... Ni siquiera se oía el rumor del mar, que se había aquietado. El cielo estaba oscuro, sombrío, tétrico.

—No me gusta esto — susurró Hunt.

Prince se volvió, irritado.

—¿Te quieres callar de una maldita vez?

Hunt asintió, y permaneció en silencio. Prince dejó de mirar hacia el exterior: le ponía nervioso aquella quietud. Volvió a sentarse en el mismo sillón. Sentía el latido de sus sienes. Miró a Hunt, que estaba rígido, escuchando de nuevo... El silencio parecía estar hecho como de un... silbido. Un silbido sostenido que sonaba dentro de sus propias cabezas.,

—¿Has oído? — exclamó Hunt.

—¿Qué? — se sobresaltó Prince.

—Nada... Nada.

—La madre que te parió...

Las palabras parecieron quedar flotando, muertas y frías. Prince se pasó una mano por la cara, dirigiendo una hostil mirada a su compañero. Inició el gesto para sacar un cigarrillo.

Entonces, comenzó a oírlos.

Muy tenues.

Levísimos.

Difícilmente audibles..., pero allí estaban los sollozos. Sonaban tan tenues que quizá sólo era una mala jugada de aquel silencio. Prince miró a Hunt, y le vio vuelto con la cabeza hacia él, erguido en el sillón, rígido, tensas las facciones.

Los dos estaban oyendo los sollozos.

Despacio, muy despacio, los dos volvieron la mirada hacia la puerta del salón..., y quedaron lívidos, petrificados por el espanto. No sólo oían mejor ahora los sollozos, sino que estaban viendo... al gigantesco ser de gran cabeza verdosa cuyos relucientes ojos les contemplaban, La alta figura envuelta en oscuro impermeable estaba en la puerta del salón, y los miraba, Y parecía sollozar, los sollozos provenían de él, desde luego...

Un ronco sonido brotó de la boca de Prince, mientras sus ojos parecían a punto de desorbitarse.

El ser de la gran cabeza verdosa se movió. Extendió el brazo derecho, y quedó entonces visible la pistola, provista de silenciador... Plop, chascó el disparo. La bala entró por el ojo derecho de Prince, atravesó el cerebro, y se clavó en el respaldo del sillón, dejando a Prince como adherido a éste por el sangriento boquete que se originó en la parte posterior de su cabeza.

Hunt emitió un gemido, y comenzó a ponerse en pie... El brazo del ser se movió apenas, desviando la trayectoria de su arma,

Plop.

La bala acertó a Hunt en el centro de la frente, matándolo en el acto y forzándolo a sentarse de nuevo. Quedó con la boca muy abierta, los ojos desorbitados, las facciones crispadas por un gesto de espanto.

El ser estuvo unos segundos mirando de uno a otro. Luego, se guardó la pistola bajo el impermeable, dio media vuelta, y cruzo el vestíbulo. Silencioso como un auténtico fantasma de cuya existencia no cabía dudar, comenzó a subir la escalinata hacia el piso destinado a dormitorios.

Ya arriba, aplicó el oído a una puerta, estuvo escuchando unos segundos y se irguió. Escuchó en otra puerta..., y casi enseguida su cabeza verdosa se movió con gestos afirmativos. Se alejó de esta puerta, para escuchar en otra. Estuvo escuchando unos segundos... Luego, despacio, cautelosamente, su enorme mano enguantada agarró la manilla y la bajó, despacio, muy despacio, como si pudiera invertir en esta acción el resto de su vida...

La puerta se abrió sin que se hubiese producido el menor sonido.

El intruso se acercó a la cama, y, ahora sin cuidado alguno, se sentó en el borde. La cama crujió, se movió fuertemente. En la cama, el durmiente se agitó. Hubo luego un sonido de voz inconcreta, la cama se movió más... La luz se encendió, y Robert Sinclair, que se había sentado en ella se quedó mirando, desorbitados los ojos pese al deslumbramiento que normalmente le habría obligado a mantenerlos entornados, al ser ataviado con impermeable y de gran cabeza verdosa.

Un fuerte jadeo broto de la boca de Robert Sinclair, el grito comenzó a brotar desde el estómago...

La hoja del enorme cuchillo relució intensamente describiendo un amplio y veloz arco, que terminó en la garganta de Sinclair. El grito se convirtió en un gorgoteo; terminó de salir, pero no ya en forma sonora, sino en un tremendo borbotón de sangre, tan caudaloso y compacto que apenas salpicó, brotó todo

como en una masa reluciente y densa.

Robert Sinclair, el guapísimo actor, cayó hacia atrás, poco menos que decapitado, mostrando en su bello rostro una horrenda mueca de espanto.

El intruso limpió el cuchillo en las sábanas, lo guardó bajo su impermeable, y se puso en pie. Sin dirigir una sola mirada más a Sinclair, salió del dormitorio, y regresó ente la puerca del primero, tras apagar la luz en el que acababa de cometer su tercer implacable asesinato.

Volvió a escuchar Y una vez más metió una mano bajo su impermeable. Esta vez sacó un pequeño estuche, del cual retiró una botellita y una compresa de gasa. Cuando vertió el líquido de la botellita en la gasa echó la verdosa cabeza hacia atrás, alejando al máximo el olor y los resultados del cloroformo. Ya empapada la gasa, y manteniendo ésta en un mano, abrió suavemente la puerta del dormitorio, y entró, con un sigilo sorprendente en un hombre de su tamaño.

Segundos después estaba junto a la cama, observando a los dos durmientes a la tenue luz que llegaba de la avenida por la ventana.

Se inclinó, pasó una mano suavemente bajo la nuca de Amanda, y con la otra apretó contra la nariz y la boca de la muchacha la gasa de cloroformo. Amanda se agitó, un ahogado rumor brotó de su boca, pero las dos manos que sujetaban su cabeza eran tan fuertes que no pudo hacer nada más. Fue un breve forcejeo, como un suspiro, y el cuerpo de Amanda se relajó.

El intruso pasó al otro lado de la cama, y efectuó la misma operación con el pequeño Larry, cuyo sueño, de por sí profundo, se intensificó bajo los efectos del cloroformo.

El hombre se irguió, guardó la gasa empapada en cloroformo dentro del estuche, y fue al armario, del cual sacó un abrigo del niño. Se acercó a la cama, y, manejando el pequeño cuerpo cuidadosamente, le puso el abrigo, abotonándolo con todo esmero. Miró alrededor, y sus ojos se .fijaron en la gorra de policía hecha a la medida ¿el niño, que estaba colgada en un ángulo del respaldo de la cama. La cogió, se la guardó en un bolsillo del impermeable, y luego alzó al niño en brazos.

Salió del dormitorio, bajó al vestíbulo, y fue hacia el fondo de la casa hacia la puerta de atrás, por la que había entrado minutos antes..., y por la cual salió al patio-jardín de atrás. Estuvo quizá medio minuto inmóvil, escuchando. No se oía nada. Manteniendo al niño abrazado, soportando cómodamente su reducido peso, el asesino volvió a meter una mano bajo el impermeable, y sacó un pequeño y delgado objeto que relució. Un objeto metálico, que se llevó a la boca, y en el cual sopló.

No brotó sonido alguno del objeto metálico, pero el hombre no insistió. Se lo guardó, y acto seguido miró su reloj de pulsera de esfera luminosa. Sí, había calculado perfectamente el tiempo: todavía quedaban dos minutos.

No se movió en esos dos minutos, salvo para quitarse la máscara de goma de color verdoso, dejando al descubierto su rostro, en el que relucía el sudor, y para ponerse la gorra de policía que había llevado en el bolsillo del

impermeable. Ya todo según sus planes, el agente Elmer Gropper abrazó mejor al pequeño Larry contra su pecho, y estuvo así hasta que comenzaron a oírse los sollozos.

Comenzaron de pronto, lejos de allí, pero perfectamente audibles.

También, en la distancia, se oyó una voz.

Elmer Gropper no se movió hasta unos segundos más tarde, en que echó a correr, cargado con Larry, por los jardines de atrás de las casas. Y así, mientras los policías apostados por el teniente Inman corrían hacia donde sonaban los sollozos, Elmer Gropper corrió en dirección opuesta, sabiendo perfectamente que nadie le vería, que nadie se atrevería a asomarse a las ventanas, y mucho menos a abrir la puerta de su casa.

Mientras tras él se concentraban hombres y coches con todas las luces encendidas, y seguían oyéndose los sollozos, Elmer llegó a donde tenía estacionado su viejo cacharro, alzó la tapa del maletero, y depositó dentro a Larry. Cerró la tapa, y miró su reloj. Desde que habían comenzado los sollozos habían transcurrido dos minutos y medio. Todavía faltaba medio minuto...

Justo medio minuto más tarde, los sollozos dejaron de oírse. Y apenas veinte segundos después, apareció el perro, corriendo silenciosamente en dirección al coche de Elmer, Cuando el animal llegó junto al coche, vio a Elmer, y se .acercó a él, moviendo alegremente su peludo rabo, pero Elmer señaló la ventanilla derecha de atrás, cuyo cristal estaba bajado.

—¡Adentro, «Big» —ordenó con voz sorda—. ¡Vamos, adentro!

El animal saltó por la abierta ventanilla al interior del coche, y Elmer le vio empujar con la cabeza, la parte inferior del asiento, que osciló hacia dentro. El animal desapareció bajo el asiento, y la parte inferior de éste basculó, quedando como antes, cerrada, aparentemente normal.

Sólo entonces, tras la tensa espera, recordó Elmer el cuchillo y la pistola con silenciador, y todo lo demás que llevaba encima. Se apresuró a dejarlo todo en el maletero, cerró de nuevo éste, y por fin, con su pistola de reglamento en una mano, echó a correr hacia donde se habían concentrado el resto de las fuerzas policiales...

CAPITULO VIII

El teniente Inman estaba tan pálido como Clifford Copley, y casi tanto como Amanda, cuyo desconsuelo era total y no paraba de llorar, abrazándose a Clifford. Había sido éste quien primero había visto lo sucedido en la casa de Amanda. En cuanto comenzaron a sonar los sollozos, Clifford había despertado de un sueño ligero e inquieto, y había corrido primero hacia donde corrían también los policías. Luego, perdidas las esperanzas de ver nada, había ido a la casa de Amanda, para asegurarse de que todo estaba bien allí.

Sorprendido de que nadie abriese, pues había entendido que Sinclair y sus amigos se proponían «vigilar heroicamente», optó por reventar una ventana del vestíbulo, la cual abrió acto seguido, y saltó al interior de la casa. Naturalmente, fue al salón, en el que había visto luces encendidas.

Y allá se llevó el primer susto.

Del salón subió al primer piso, entró en primer lugar en la habitación de Larry, y al ver la cama vacía comprendió que el niño debía estar con Amanda.. , en la habitación de la cual hallo a la muchacha, todavía bajo los efectos del cloroformo.

El resto había ido viniendo por sí solo tras su llamada a los policías.

Y ahora, mientras sus hombres trabajaban en el salón y en el dormitorio donde había sido hallado el cadáver de Robert Sinclair, Inman había regresado al dormitorio de Amanda, que seguía llorando y llorando. Captó la mirada de Copley, y movió negativamente la cabeza: no, ni rastro del niño.

La señora Oldenburg, ataviada con una espesa bata y con rizadores en la cabeza, que le conferían un aspecto simpáticamente cómico, regresó de 1a cocina agitando el contenido de un vaso, que ofreció a Amanda.

—Beba esto, querida: le sentará bien.

—Mí hijo — gimió Amanda—, ¡Mi pequeño!

—Vamos, vamos, tranquilícese — dijo con admirable esfuerzo la no menos impresionada señora Oldenburg—. Ya verá como lo encuentran sano y salvo. Déjemela a mí, Cliff, yo me ocuparé de ella.

La verdad era que Clifford no sabía qué hacer, así que dejó a Amanda en manos, de la anciana, y volvió a mirar a Inman, que le hizo una seña. Salieron ambos del dormitorio, al pasillo. Había una enorme actividad en toda la casa de Amanda Benet, y dos coches de la Morgue habían llegado ya, y sólo estaban esperando la autorización judicial para levantar los tres cadáveres... Frente a la casa había ya una cantidad impresionante de periodistas, y las cámaras de grabación para televisión comenzarían a funcionar de un momento a otro. Dentro del dormitorio, de pronto, se oyeron las violentas arcadas de Amanda, que todavía estaba parcialmente bajo los electos del cloroformo.

Clifford parecía a punto de decir algo a Inman cuando el agente Elmer apareció, y se plantó delante del teniente, que lo miró Inman capto la tensión

en el rostro del policía.

—¿Qué le ocurre. Gropper?

—Teniente, me... me encuentro mal.. Quisiera su permiso para retirarme.. Creo que voy a... a vomitar, y...

Apretó los labios, y se llevó una mano a ellos. Jack Inman lo miró entre sorprendido y comprensivo.

—Está bien, Gropper. Puede marcharse: yo asumo la responsabilidad, no se preocupe.

—Me gustaría quedarme, por... por la señora, pero... Y quisiera ayudar...

—Nos las arreglaremos sin usted — le dio Inman una palmada en un brazo —. Ande, hombre, márchese ya. Llame por la mañana al Departamento para decirnos cómo se encuentra.

—Sí, señor... Gracias, señor. Adiós...

Le vieron dirigirse, con paso no muy firme, hacia las escaleras. Inman miró con cierta expresión irónica a Clifford.

—Esto suele sucederle a los hombres más grandes y más fuertes: cuando ven algo como lo que hemos visto aquí, se desmoronan.

—No es para menos — murmuró Clifford, que veía ya sólo la gorra de Elmer, y que finalmente desapareció—. Esto es horrible, teniente.

—Es horrible bajo todos los aspectos—masculló Inman—. Y le diré otra cosa: si resuelvo este caso, van a nombrarme capitán. Si no lo resuelvo, me veo barriendo el Departamento. ¡Maldita sea, no comprendo qué ha podido fallar! Lo tenía todo controlado, los hombres bien apostados, provistos de «walky-talkies», los coches...

Elmer Gropper salía de la casa en aquel momento. Algunos periodistas se abalanzaron hacia él, pero pronto comprendieron que el policía no era precisamente una óptima fuente de información, y que, por otra parte, su estado dejaba mucho que desear, así que dejaron de acosarlo muy pronto.

Dos minutos más tarde, Elmer llegaba a donde estaba su coche. Se disponía a abrir la portezuela cuando un coche se acercó velozmente, y dos policías se apearon, corriendo hacía él. Elmer se volvió a mirarlos, con expresión tensa, angustiada.

—Ah, Gropper, es usted... ¿Qué ocurre?

—Me encuentro mal, y el teniente me. . me ha autorizado a marcharme a casa... Me parece que voy a... a vomit...

De nuevo se llevó una mano a la boca, y los dos agentes de paisano lo miraron vivamente. Elmer consiguió evitar las arcadas, y se pasó la mano por la cara.

—¿Necesita ayuda? — se ofreció uno de los detectives

—No, no. Espero que no. Iré con la ventanilla abierta, y el aire frío me sentará bien..

—Sin duda. Pero si quiere que le llevemos uno de nosotros...

—No… No es necesario, gracias.

Saludó, se metió en el coche, y lo puso en marcha. Los dos detectives

estuvieron mirando el coche, mientras uno de ellos comentaba:

—No se puede hacer, uno viejo, Charlie.

Al votante de su coche, Elmer Gropper comenzó a sonreír, y su sonrisa se fue ampliando a medida que se alejaba más y más de la zona residencial dónde los sollozos nocturnos se habían convertido ya en una pesadilla para todos los vecinos.

—Ahora es cuando empezarán a sufrir de veras — dijo en voz alta Elmer —. ¡Ahora es cuando sufrirán, cuando todos comprendan que a sus hijos les puede ocurrir cualquier cosa! Cuando sepan que Larry ha desaparecido, y lo que les ha ocurrido a esos tres cerdos, ¡sufrirán más que en el mismísimo infierno! ¿Verdad, «Big»? ¿Me estás oyendo, amigo «Big»?

Desde debajo del asiento posterior llegó el ahogado ladrido del perro, y esto amplio aun más la sonrisa de Elmer, Esperó a estar todavía más lejos, y entonces detuvo el coche en una zona de sombra, se apeó, y abrió el maletero. Justo a tiempo, porque Larry estaba empezando a despertar. Elmer acaricio las facciones del niño, murmurando:

—Lo siento, querido amiguito, pero tengo que hacerlo...

Le administró otra pequeña dosis de cloroformo, no sin preocupación y gran cautela, no fuese a pasarse. Luego, volvió al volante, y reanudó la marcha hacia su casa, hacia el interior, casi a una hora de camino..,

Les había dado su merecido a todos. Sólo lo sentía por Amanda, pero a fin de cuentas, ya había hecho mucho por ella, ¿no? Al elegirla como primera víctima de los sollozos, la había lanzado a la popularidad, y ahora no tendría dificultades para encontrar trabajos en el cine o en la televisión. Además, puesto que la había liberado definitivamente de aquel odioso ex marido, ella tendría al menos esa alegría. Y se casaría con el señor

Copley, que era muy educado y amable, y tendría más hijos... ¡Oh, sí, olvidaría pronto al pequeño Larry!

Sonriendo, Elmer sacó el silbato, y sopló en él. No brotó sonido alguno, pero enseguida, el perro salió de su escondrijo, y saltó al asiento delantero, junto a Elmer, ladrando alegremente: su oído sí había captado el ultrasonido del silbato, al que habíase acostumbrado desde que era un cachorro, y cuyas señales eran diferentes, bien diferenciadas órdenes para él.

—No seas escandaloso, «Big» — rió Elmer—, o volveré a enviarte bajo el asiento. ¿De acuerdo, amigo?

El perro calló, y se quedó mirando con adoración a Elmer, la lengua fuera, moviendo el rabo.

—Cuando lleguemos a casa te quitaré el alambre y el magnetófono — dijo Elmer, pasando una mano hacía el vientre del perro —. Te lo quitaría ahora, pero no se ve, así que no hace falta que me detenga otra vez. ¿Ves, «Big»?: hoy no has tenido que esperarme mucho rato escondido dentro del coche. ¡Los hemos engañado bien, amigo! Aunque te vieron un par de veces, ¿sabes? De todos modos, ¿quién había de pensar que los sollozos se oían donde estuvieses tú con el pequeño magnetófono bajo tu vientre? Ninguno de ésos

es tan listo, «Big»... Pero nosotros, sí. Tú esperas mi señal aquí dentro, y yo la emito cuando sé que el magnetófono que antes he puesto en marcha lleva funcionando veintisiete minutos. En ese momento, la grabación de los sollozos comienza a sonar... exactamente durante tres minutos, durante los cuales, tú sabes que has de ir de un lado a otro escondiéndote, como tan bien te he enseñado. Y cuando, transcurridos tres minutos, los sollozos terminan, vuelves al coche, te metes en tu escondrijo y me esperas. ¿Cómo habían de encontrar a nadie? ¡Lo has estado haciendo muy bien, «Big»! ¡Y todavía seguiremos haciéndolo, tienen que sufrir como condenados en el infierno!

¡Guau!, ladró alegremente «Big»

—Exacto. Eres un buen amigo, «Big». Y muy inteligente.. Ellos no lo son, no. ¡Al final, hasta creerán que existe el ser de color verdoso...! Quizá debí dejar vivo a uno de ellos, para que me hubiese visto con la máscara verde, es decir, para que hubiese podido decirlo... ¡Claro que no encontraron huellas la otra noche, cuando yo disparé contra el suelo! ¿Cómo habían de encontrar huellas, si no había nadie allí, si sólo era una jugarreta más? Sí, debí dejar vivo a uno de eses cerdos, para que dijeran que habían visto a un ser de cabeza verdosa. Se asustaron tanto que ni se les ocurrió que era una máscara de goma, de esas para gastar bromas de terror... ¡Ja, ja, ja, ja! Pero no; están mejor muertos. No eran buenos, «Big», ¿comprendes?

¡Guau!

— Bueno, bueno, no ladres más. ¡Cómo los hemos estado engañando a todos...! Claro que nos ha llevado tiempo prepararlo todo, pero lo hemos conseguido. ¡Años. «Big», años esperando este momento! Pero mi paciencia es enorme, enorme, enorme... ¡Y finalmente, lo he conseguido!. Se lo han merecido... ¡Y qué contenta se pondrá Jenny cuando recupere a su hijo! ¿Verdad, Big?

¡Guau!

— Estoy impaciente por llegar. Por eso le he dicho al teniente que me encontraba mal.. Mi turno había terminado ya, pero dado mi interés por esto, se habrían sorprendido si me hubiese marchado sin más; además, en una emergencia, no hay turnos que valgan... Por eso, lo mejor ha sido fingirme indispuesto. . ¡Y lo he hecho bien! "¡Ya verás, «Big», lo contenta que va a ponerse Jenny...! ¡Ya nunca más volverá a sollozar! Esos sollozos que ellos, eses malditos, han estado oyendo. Al principio' creí que me iban a volver loco, pero luego, poco a poco, fui dando forma a la idea, y comencé a grabar los sollozos de Jenny.. ¡Pero ya no habrán más sollozos en casa, Jenny tendrá a su hijo, y será un hijo de verdad, no esos... esos muñecos que...!

* * *

Jenny Gropper se volvió en la cama, encendió la luz de la mesita de noche, y giró de nuevo hacia el muñeco de yeso que yacía junto a ella en el lecho. Un muñeco que representaba a un niño de unos cinco años, de cabellos oscuros y

ensortijados, grandes ojos marrones, expresión hieráticamente sonriente; un muñeco ataviado con un divertido pijama con los personajes de Walt Disney estampados en la tela.

—¡Oh, Billy! — Exclamó Jenny—, ¡Te has vuelto a hacer pis! ¡También hoy voy a tener que cambiarte!

Saltó de la cama.

Jenny Gropper era alta, esbelta, de cuerpo armonioso, y rostro bello, aunque un tanto recio, parecido al de Elmer, su amante padre. Sus cabellos, largos y rizados, oscilaron al moverse Jenny con un gesto de impaciencia mientras metía los pies en las zapatillas.

—¡No sé qué voy a hacer contigo, Billy! — Amonestó, mirando al muñeco de yeso—. ¡Cada noche lo mismo! Hijo, ¿cuándo dejarás de hacerte pis en la cama? ¡Ya eres mayorcito, ¿sabes?!

Sobre el camisón, se puso la bata, que anudó con gesto impaciente. Luego, se acercó a la cama, alzó en sus brazos al niño, y miró las rígidas facciones de yeso pintado de color carne.

—Bueno, bueno, deja de lloriquear: ¡mamá te quiere mucho, tesoro mío! Pero tú tienes que portarte bien.. ¿Sabes qué hora es? ¡Casi las tres de la mañana! Y me parece que por fin está lloviendo... ¡Con lo bien que se está en la cama y tener que levantarme ahora para cambiarte! En fin... Vaya, que no llores, cariño... ¡Qué precioso es mi hijito querido!

Comenzó a dar tesos en ¡as mejillas y en ¡a boca del muñeco, riendo, acariciándolo.

—¿Ves cuánto te quiere mamá? Así que deja de llorar. Pero voy a cambiarte, naturalmente... ¡No puedo dormir con la cama mojada! ¡O, también tendré que cambiar las sábanas, claro! ¡Mira lo que has hecho!

Ni las sábanas estaban mojadas, ni, naturalmente, el muñeco miró «lo que había hecho». Con un airoso gesto, Jenny Gropper echó su caballera ondulada hacia atrás. Salió" del dormitorio bajó a la planta, y fue a la cocina. Desde ésta, tras abrir una puerta ubicada frente al fregadero, pasó al descansillo del tramo de peldaños que conducía al sótano. Encendió la luz, y comenzó a bajar las escaleras, diciendo:

—¡Este niño es un meón! ¡Se ha vuelto a orinar en la cama! Así que vengo a cambiarlo por otro que sea más limpio y considerado con mamaíta! ¿Cuál de mis niños quiere venir conmigo?

Desde las estanterías colocadas en las cuatro paredes del sótano, docenas de muñecos de yeso parecían con templar con sus vítreos ojos a Jenny Gropper, que llegó al final de los escalones, fue a una de las estanterías, y dejó allí el muñeco que llevaba en brazos.

—¿Ves? ¡Estarás aquí hasta que aprendas a no hacerte pis en la cama! ¡Y ahora me llevaré a uno de tus hermanitos! ¿Quién quiere dormir con mamaíta?

Se volvió, y fue mirando los muñecos. Todo estaba lleno de muñecos. Incluso en el banco de trabajo había uno, a medio terminar, con su carita

todavía sin ojos y sin la forma del cabello rizado que tenían todos. ¿Cincuenta, sesenta, cien muñecos...?

Era horripilante, estremecedor. En el silencioso ambiente tétrico, los ojos de vidrio relucían como siniestramente a la luz de la bombilla que pendía del techo. Algunos bracitos se veían tendidos como en demanda de un abrazo. Unos muñecos estaban sentados, con las piernecitas colgando fuera del estante; otros estaban de pie; otros con las piernas cruzadas...

—No no, no — rechazó alegremente Jenny Gropper—. ¡No puede ser, no puedo llevaros a todos a la cama conmigo, queridos! Sólo uno... ¿O quizá dos? Pero, ¿a cuál me llevo? ¡Ya sé! ¡Me llevaré al que me quiera más! ¿Quién es el que más quiere a mamaíta?

Sus palabras parecieron retumbar en las oscuras paredes, y enseguida quedó de nuevo aquel silencio profundo.

—¿Todos queréis mucho a mamaíta? ¡Pues me habéis puesto en un apuro, porque yo también os quiero mucho a todos! Todos sois hijos míos, a todos os quiero igual... ¡Oh, cielos, ¿qué puedo hacer?! ¡Ya sé! ¡Lo haremos por el sistema de la cieguecita! Ya sé que os da mucha pena que mamá sea cieguecita, pero recordad que es sólo un juego para no ser injusta, para que quede bien claro que no tengo preferencias... ¡Bueno, ya soy cieguecita!

Había cerrado los ojos. Comenzó a girar, a girar, a girar, a girar... De pronto, se detuvo, se tambaleó un instante, y acto seguido comenzó a caminar, con los brazos tendidos, hasta que sus manos tocaron uno de los muñecos. Lo agarró, lo apretó contra su pecho, abrió los ojos, y volvió al centro del sótano-taller.

—¿Veis? ¡La cieguecita ya tiene su niño para esta noche! ¡No diréis que ha habido preferencias! Ahora, los demás seguid durmiendo, y mamaíta volverá por la mañana, como cada día. Adiós, ángeles míos...

Salió del sótano, cerró la puerta, y cruzó la cocina, hablándole al muñeco.

—Billy querido, espero que tú no te .hagas pis también... Sí, está lloviendo. Y tronando... ¿Oyes qué truenos tan fuertes y terribles? Pero no has de tener miedo, pues mamá está contigo. ¡Ya verás qué bien estafemos juntos!

Subió a su dormitorio, y, sin acordarse de cambiar las sábanas «mojadas», se metió en la cama, abrazando a! pequeño Billy. Afuera, un trueno pareció estremecer el mundo entero. Jenny se echó a reír.

—¡Me gustan los truenos! Y a ti también deberán gustarte, cariño. No debes tener miedo nunca, nunca, nunca... Todo es hermoso, todo es natural, ¿comprendes? Oh, tienes sueño, mi pequeño príncipe. Bueno, mamá va a cantarte una bonita canción, ya verás...

Elmer Gropper encontró a su hija Jenny sentada en la cama, canturreando dulcemente, meciendo el muñeco de yeso. Desde el impermeable, gotas de agua chorreaban hacia el suelo, y el agua relucía sobre la gorra del uniforme. Elmer abrió su impermeable, y mostró a Jenny lo que había ocultado debajo, más bien para protegerlo de la lluvia en el corto trayecto desde el coche a la vieja casa.

—Jenny, he encontrado...

—Sssst... No hagas ruido, papá: Billy se está durmiendo.

Elmer se acercó a la cama, y tendió los brazos hacia su hija, mostrando el precioso niño rubio dormido; el auténtico niño rubio que había secuestrado.

—Jenny, mira, es Billy — dijo Elmer—. He conseguido...

—¡Ssst: ¡Vas a despertar a Billy!

—Pero, hija, te digo que he conseguido encontrar a Billy, a tu hijo. ¿Recuerdas que lo perdiste? Pero yo lo he encontrado... Ya no hace taita que sigamos haciendo muñecos como yo te enseñé. Localicé un barrio donde estaba Billy, conseguí que el Departamento me destinase allí, y finalmente he conseguido arrebatárselo a la gente que te lo robó. . ¡Míralo! ¡Es tu pequeño Billy!

Jenny, que había dejado de mecer al muñeco, miró al hermoso niño rubio que le ofrecía su padre. Primero, con curiosidad; acto seguido, con leve sorpresa. Y de pronto, con clara hostilidad.

—No —dijo—. Ese no es mi Billy. ¡Mi Billy es éste!

—Jenny... Lo he recuperado: es éste... ¡Este es el verdadero Billy, tu hijo, mi nieto! Mira. Tócalo, Jenny... ¡Tócalo, y verás que éste si es tu hijo!

La mirada de Jenny se endureció. Acercó un dedo, tocó la tierna mejilla de Larry, y retiró vivamente la mano.

—¡No! ¡Me estás engañando! — Volvió a apretar contra su pecho el muñeco—. ¡Este es mi hijo!

—Pero Jenny... Me ha costado años encontrar a Billy, y te aseguro... te aseguro que es éste... Ya no tendremos que hacer más muñecos, ya no tendremos que...

—¡No! ¡No quiero escucharte! ¡Este es mi hijo! ¡Llévate de aquí esa... esa cosa blanda y asquerosa! ¡Llévatela, no quiero verla más! ¡No quiero verla más, ni quiero verte a ti! ¡Vete! ¡Quiero estar a solas con mi hijo! ¡Fuera de aquí! ¡Y si vuelves a querer engañarme, me mataré! ¡Me mataré! ¡Déjame sola con mi hijo, déjame...!

— Jenny, querida. — gimió Elmer.

— ¡Márchate de aquí u os mataré a los dos! ¡Llévate «eso», no quiero volver a verlo nunca, ni nada parecido...! ¡Fuera!

Los ojos de Jenny parecían a punto de saltar de las órbitas. Elmer se asustó tanto que retrocedió instintivamente hacia la puerta del dormitorio...

—¡Y cierra la puerta! ¡Y no vuelvas nunca para engañarme! ¡No vuelvas nunca!

Elmer Gropper cerró la puerta del dormitorio, y se quedó en el pasillo sin saber qué hacer, con Larry en los brazos. Reaccionando, emprendió el descenso de la escalera. De pronto, comenzó a llorar, densa, copiosamente, en el más absoluto silencio. En su mente sólo había un pensamiento: ¡pobre hija mía, pobre, pobre hija mía!

Abajo, en el vestíbulo, «Big» esperaba, sentado de cuartos traseros, moviendo alegremente el rabo. Elmer se detuvo ante él, sin dejar de llorar con

una abundancia increíble. El perro ladeó la cabeza y emitió un gemido al ver las lágrimas, o quizá al oír la voz rota de Elmer Gropper.

—«Big», amigo, nada ha servido de nada... Nos hemos estado arriesgando para nada, mí Jenny no tiene curación... ¡Pero les hemos dado una lección a esos canallas, eso sí! ¿Y qué hacemos ahora...? No sé qué hacer con el niño... ¿Qué hacemos, «Big»? Si ella no lo quiere, algo tendremos que hacer...

El perro volvió a gemir.

—Yo también estoy triste, «Big»... ¿Te he contado lo que pasó hace años? Sí, cuando Jenny conducía su coche por Redondo Beach, precisamente por Beach Avenue... Iba con su hijito Billy. Había llovido hacía poco, y del suelo brotaba como una bruma, como una niebla. Era de noche. Jenny conducía deprisa, pero con cuidado. De pronto, le pareció ver una persona que cruzaba la avenida, y frenó rápidamente... El coche patinó, y fue a estrellarse contra una farola. Jenny quedó sin sentido, y el pequeño Billy se golpeó contra el cristal parabrisas... Se abrió su cabecita como... como si hubiese sido de cáscara de huevo. Pero los médicos, más adelante, dijeron que se habría salvado si lo hubiesen llevado a tiempo al hospital... ¿Y sabes por qué no lo llevaron, «Big», viejo amigo?: ¡porque nadie, ninguna persona de Beach Avenue, en Redondo Beach, salió para ver qué había ocurrido, para ayudar...! Oh, sí, luego dijeron que no habían oído nada, que no sabían que un coche se había estrellado contra una farola y que había heridos en la calle... ¡Mentira! Son todos unos malditos egoístas criminales. Te diré lo que hicieron: vieron el accidente, supieron que había en el coche una mujer y un niño malherido, pero nadie quiso molestarse, nadie acudió en su ayuda... Y por eso murió mi pequeño Billy, ¿comprendes? Yo no dije nada, pero esperé mientras Jenny... se iba volviendo loca, y comenzaba a hacer muñecos de yeso, niños de yeso. La ayudé, pasamos buenos ratos haciendo muñecos. Estábamos los dos solos, porque el marido de Jenny también había muerto hacia un par de años en un accidente de automóvil... Hicimos muñecos, vivimos para el recuerdo de Billy..., pero yo estaba pensando, pensando, pensando... Y finalmente, conseguí que me trasladaran a Beach Avenue, a la zona donde la gente que vive en ella había dejado morir a mi nieto. . ¡Era el momento de empezar a organizar la venganza contra unos seres malvados y egoístas!

Y preparé el plan, ayudado por ti, para que por las noches les llevases tres minutos de sollozos a esos malvados, mientras yo iba colocando copias de sus niños, en yeso, hechas en el taller, abajo... Quería asustarlos, hacerles pasar todas las angustias del mundo al ver a sus niños ahorcados, decapitados, violentados... ¡Eso quería! Que todos sufriesen, y temiesen que lo que primero ocurría con un muñeco fuese a ocurrir luego en la realidad... ¡Así aprenderían lo que es sufrir! ¡Así sabrían cómo ha estado sufriendo mi Jenny hasta volverse loca, y cómo yo mismo siento... siento que la cabeza me va a estallar...! ¿Qué te pasa, viejo amigo?

El perro se había deslizado lejos de Elmer, y emitía unos quejidos lastimeros, sin dejar de mirar a su amo, a su mejor amigo.

—Ah. . No temas, viejo amigo, no temas. ¿Crees que voy a hacer daño al pequeño Larry? ¡Claro que no! El no tiene culpa de nada. Y la señora Sinclair, tampoco; por eso, a cambio de su hijo para mi Jenny, la he hecho famosa Pero si Jenny no quiere el niño, tendré que devolverlo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Sí, le devolveré el niño a Amanda; a fin de cuentas, ella no vivía entonces en Beach Avenue, no tuvo culpa de nada... ¡Eso haré! Pero los demás sí tienen culpa de la muerte de mi pequeño Billy... ¡Los demás, sí! ¿Sabes qué vamos a hacer ahora, «Big»? ¡Devolveremos a Larry, con una nota explicando que esto ha sido una prueba de que podemos hacer lo que queramos en esa zona, y llevamos a todos los niños cuando lo deseemos...! ¡Los vamos a matar del susto, porque nunca sabrán que yo no haría daño jamás a un niño! Son los mayores los que han de sufrir, ¿comprendes, amigo? ¡Los haremos sufrir atrozmente, les haremos escuchar cada noche los sollozos de Jenny que tengo grabados...! ¡Sufrirán todas las angustias del maldito infierno en el que deberían estar todos desde aquel día en que dejaron morir a mi pequeño Billy!

Elmer Gropper abrió la puerta de la casa, y salió. Estaba lloviendo torrencialmente, con un rumor fuerte, crujiente. Un relámpago parecía partir el cielo en pedazos luminosos, y Elmer alzó el rostro para mirarlo; casi enseguida sonó el tremendo estampido del trueno.

Y apenas se había extinguido éste cuando, detrás de las luces que de pronto envolvieron las figuras de «Big» y su amo llevando en brazos al pequeño Larry, sonó la voz del teniente Jack Inman:

—¡Gropper! ¡La casa está rodeada, y le estamos apuntando! ¡No se mueva, no haga nada! ¡El señor Copley va a acercarse para hacerse cargo del niño! ¡No intente nada!

Elmer vio aparecer la chorreante figura de Clifford Copley ante las luces de los coches. Lo vio acercarse, y finalmente, detenerse ante él, tendiendo los brazos. En el rostro de Elmer, las lágrimas se deslizaban en abundancia, siempre silenciosas, pero mezcladas con la lluvia de tal modo que era imposible distinguirlas,

—Déme el niño, Elmer — dijo Clifford.

—No—negó Elmer—, Podría lastimarse si se le caía. Yo soy más fuerte, señor Copley: se lo llevaré personalmente a su madre. ¿Cómo me han descubierto?

—Por la gorra de policía que usted confeccionó para Larry. Era demasiado perfecta.... como las ropas copiadas a los niños de la zona. Pensé en ella cuando usted se iba y yo sólo veía su gorra Luego busqué la de Larry, y no la encontré. Esto, y varios datos que comentamos el teniente y yo, fueron la clave.

—Usted sí es listo, señor Copley — sonrió Elmer —. Pero yo soy más fuerte, así que llevaré a Larry.

ESTE ES EL FINAL

—A decir verdad, no sé cuál de los dos está peor —dijo el teniente Inman —. Aparentemente, la hija, esa pobre Jenny, Que ha sido internada. Elmer está en observación, y parece que se pondrá bien. No está mucho más cuerdo que su hija, de todos modos.

—Mato a tres personas — murmuró Clifford.

—Puede estar seguro de que creía estar haciendo un bien a la Humanidad — torció el gesto Inman—. Dice que todos son unos canallas.,., especialmente en esta zona, y concretamente en esta avenida, donde dejaron morir a su nieto.

—Quizá nadie oyó nada.. —sugirió Amanda.

—Eso fue hace unos cuatro años — dijo de pronto Elsa Oldenburg, fija la mirada en el suelo.

Inman. Clifford y Amanda la miraron.

—¿Lo recuerda usted, Elsa? — se interesó Clifford.

—Sí... Lo recuerdo muy bien. Recuerdo que oí el crujido de un coche contra una de las farolas, y me acerqué a una ventana a mirar, y vi el coche.

—¿Lo vio usted? — Exclamo Inman—. ¿Y oyó el accidente?

—Sí... Sí.

—Pero ¿por qué no salió a la calle, por qué no gritó pidiendo ayuda, por qué no...?

—Bueno, yo... vi que había luz en varias casas, pero enseguida se apagaron todas las luces. Nadie salió. Me di cuenta de que nadie quería complicarse la noche, de que nadie quería salir, así... que yo también apagué la luz... y me quedé en casa.

Los tres contemplaban a Elsa Oldenburg fijamente, horrorizados, pálidos.

—Dios mío — gimió Amanda—. ¡No es posible! ¡Entonces es cierto, todos ustedes dejaron morir a aquel niño...! ¡Y yo que sentía tener que marcharme de aquí para irme con Clifford de viaje, para ayudarle a escribir esos guiones...! ¡Pero si la bruja Millicent es... es una criatura adorable al lado de todos ustedes! ¡No veo el momento de marcharme de aquí, ojalá, fuese ya pasado mañana...! ¿Cómo... cómo pueden ustedes vivir con esa carga sobre su conciencia?

—Muy mal — dijo con voz aguda Elsa Oldenburg — ¡Nunca podré olvidar aquella noche, y lo que todos hicimos...!

Y estalló en violentos sollozos.

FIN